

punto  
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

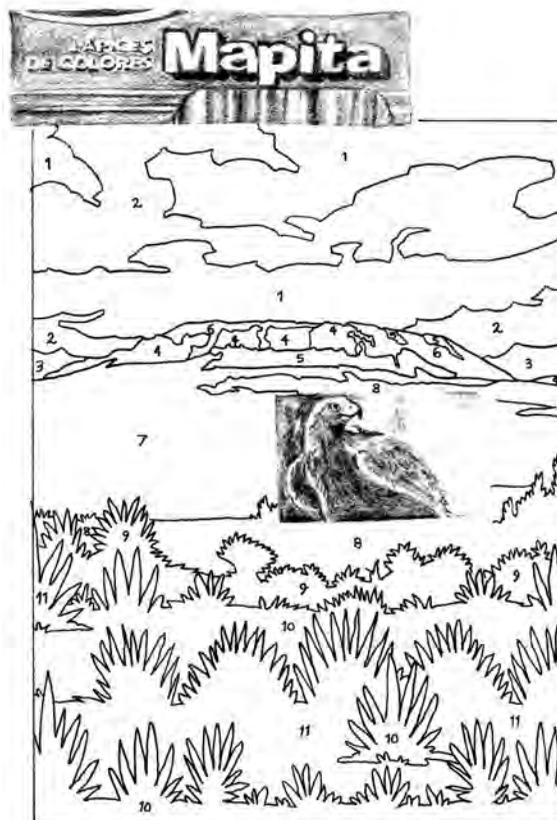
ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

**Koral Carballo** (Poza Rica, Veracruz, 1987). Estudió periodismo en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. Fue becada por el Centro de las Artes de San Agustín para cursar el Seminario de Fotografía Contemporánea del Centro de la Imagen en 2014, y nominada al Master Class del World Press Photo Latinoamérica en 2015, al Joop Swart World Press Photo en Holanda en 2016 y al Ones To Watch del *British Journal of Photography* en 2017. Beneficiaria del programa Jóvenes Creadores del Fonca en la categoría de Artes Visuales (Fotografía) en el periodo 2015-2016, actualmente organiza el festival de fotografía periodística y documental Mirar Distinto, dirige el Laboratorio Documental en Veracruz y es fotógrafa *freelance*.

Las fotografías publicadas en este número son parte de su serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, realizadas entre 2014 y 2017.



PORTADA: María Fernanda Enríquez Martínez, de la serie *Desaparecer es “dejar de existir”*, tinta china/papel, 21.5 × 14 cm, 2017



CONTRAPORTADA: Santiago Amaya O’Farrill, de la serie *Coloración degenerativa*, dibujo y gráfica digital/papel, 21.5 × 14 cm, 2017

Verde 1 y 2	Amarillo /
Blanco 3, 4, 5, 6, 7 y 8	Verde /
Rojo 9, 10 y 11	Azul /



EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Nunca después / Pura López Colomé	8
CONCURSO 48 DE PUNTO DE PARTIDA	12
PRIMERA ENTREGA	15
Seres aplastados (Poesía) / Anna Angulo Rivero	16
Los rastros del amor en la ciudad (Poesía) / Daniel Salazar Ramos	26
Desaparecer es “dejar de existir” (Gráfica) / María Fernanda Enríquez Martínez	36
La aprendiz de Nicole Kidman (Cuento) / Rafael Esteban Gutiérrez Quezada	41
Carolina (Cuento) / Gabriela Solís Casillas	48
Coloración degenerativa (Gráfica) / Santiago Amaya O’Farrill	56
El autómatas jugador de ajedrez (Ensayo) / Ricardo Medel Esquivel	61
Gansito Marinela (Ensayo) / Ricardo Macías Cardoso	68
EL RESEÑARIO	
Levitar a ras de suelo / Víctor Cabrera	74
El flujo de la conciencia de Mónica Maristain / Silvia Elisa Aguilar Funes	76
Qué extraño es ser: <i>Talud</i> , de Yuri Herrera / Alonso Núñez Utrilla	78

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Jorge Volpi Escalante  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 204, julio-agosto 2017  
Fundada en 1966

*Edición:* Carmina Estrada  
*Redacción:* Luis Paniagua  
*Asistencia secretarial:* Lucina Huerta

*Diseño original:* Rafael Olvera  
*Diseño de este número:* María Luisa Passarge  
*Ilustración de portada:* María Fernanda Enríquez Martínez  
*Ilustración de contraportada:* Santiago Amaya O'Farrill  
*Ilustración de este número:* Koral Carballo  
*Impresión en offset:* Offset Rebosán S.A. de C.V.  
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco Tlalpan  
Ciudad de México, 14370

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.  
Tel.: 56 22 62 01  
Fax: 56 22 62 43  
correo electrónico: [puntoenlinea@gmail.com](mailto:puntoenlinea@gmail.com)  
[www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)  
[www.puntoenlinea.unam.mx](http://www.puntoenlinea.unam.mx)

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,  
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

“Nunca después”, de Pura López Colomé, es el poema que abre, en la sección Del Árbol Genealógico, este número de verano de *Punto de partida*. Agradecemos a la autora, quien comparte con nuestros lectores esta pieza que reinterpreta, desde una anestesiada duermevela, ciertos referentes orográficos en una concatenación de versos, muchos de ellos memorables. El poema de López Colomé, jurado de Poesía en el Concurso 48 de la revista, cuya primera entrega de ganadores publicamos hoy, abre paso a las dos series poéticas merecedoras de premio en esta edición del certamen.

En el caso del primer premio, “Seres aplastados”, de Anna Angulo, su publicación al inicio del *dossier* responde, precisamente, a una lógica de contraposición. Se trata de una serie de poemas en clave de humor cáustico, que van directo al lector mediante un lenguaje que mezcla la rudeza y la calidez en su descripción de la cotidianidad. Le sigue “Los rastros del amor en la ciudad”, de Daniel Salazar, un conjunto de corte más clásico, con un trabajo de depuración y una clara atención a la imagen poética.

En narrativa publicamos a los dos ganadores en la categoría Cuento: Rafael Esteban Gutiérrez con “La aprendiz de Nicole Kidman”, historia entrañable narrada por una hermana muerta en un lenguaje emparentado con el cinematográfico; y Gabriela Solís Casillas, que cuenta en “Carolina” la imposibilidad de relación de unos personajes apresados por el fanatismo y el dolor de los recuerdos. En Ensayo, dos piezas notables: “El autómatas jugador de ajedrez”, de Ricardo Medel Esquivel, retoma la historia de El Turco, un artefacto que intrigó a científicos y escritores a fines del siglo XIX; y “Gansito Marinela”, de Ricardo Macías, pone a debate las preocupaciones filosóficas del autor a partir del análisis de su adicción al pastelillo que titula el texto. El cuerpo literario de este número cierra con tres reseñas a sendos libros publicados en años recientes, a cargo de Elisa Aguilar Funes, Alonso Núñez Utrilla y Víctor Cabrera.

La parte gráfica merece, como es costumbre, atención especial: esta vez, las series ganadoras de premio presentan, ambas, un claro énfasis conceptual resuelto con fortuna en la imagen. *Desaparecer es “dejar de existir”*, tintas con una temática social realizadas por María Fernanda Enríquez, y *Coloración degenerativa*, de Santiago Amaya O’Farrill, quien retoma las clásicas plantillas de dibujo numeradas y las integra en una propuesta que invita a la interacción artista/espectador. Como portafolio desplegado en estas páginas contamos con obra de la fotógrafa Koral Carballo, que comparte generosamente imágenes —algunas un tanto perturbadoras— de su serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*.

A manera de cierre, quiero hacer mención de los escritores y artistas que integraron el jurado de este concurso 48: Magali Tercero, Julieta García González y Felipe Restrepo Pombo; Ana Clavel, Cristina Rascón y César Gándara; Daniela Tarazona, Karen Chacek y Marcial Fernández; Ingrid Solana, Enrique Díaz Álvarez y Lobsang Castañeda; Lourdes Almeida, Marisol Paredes y Javier Hinojosa; Martha Hellion, Maribel Portela y Sergio Ricaño; Pura López Colomé, Paula Abramo y Luis Paniagua; y Yael Weiss y Hernán Bravo Varela. A todas y todos, nuestro agradecimiento. ♪

*Carmina Estrada*

# Nunca después

Pura López Colomé

Oí a alguien mencionar  
con crudelísima ansiedad  
*los Apeninos*,  
avanzando por el túnel  
atemporal de la anestesia,  
recuerdo acorralado  
aunque no mío,  
una nube deshilachada entre cornisas,  
un algodón de nácar en la lengua.  
Ningún paisaje  
surgió espontáneamente  
ofreciendo elementos  
de un mundo bien distinto  
que dejara con la boca abierta,  
sin habla, sin poder describir  
o definir esa belleza,  
su insufrible, intolerable,  
hórrida armonía,  
su equilibrio doloroso.  
Desde la cóclea intuí  
el mensaje en clave,  
qué cumbres merecían  
ser  
de *Maltrata*,  
un paradigma  
de estrías expresivas,

un rostro carcomido entre senderos;  
cuáles multiplicaban su presencia  
llenándola de ceros,  
*Mil*,  
surcando paso a paso  
el eje volcánico del norte,  
cicatrizando en frío su territorio;  
o si resultaría quimera  
tildar  
de *Borrascosas*  
alturas cortadas a la medida  
para arrojarse, precipitarse  
e ir rodando entero, luego quebrado,  
después poco a poco desmembrado  
porque ya nada, en serio nada, tiene caso,  
porque no “vale la pena vivir”,  
como afirmaba el arzobispo Fulton J. Sheen,  
emergiendo sin cuerpo  
por las bocinas del radio  
en la lengua de Rambal,  
a temprana hora  
los domingos  
de mi infancia:  
el son nido, en arrullo.

“Nadie sabe para quién trabaja”,  
se repetía después en la cocina de la casa.  
Si bien entonces no entendía esa frase,  
hoy puedo salir de dudas  
con una equivalente:  
“Ahora caigo”.

Gracias al “prelado”  
y a su cursi intensidad predicatriz,

*vi* (aunque *suene* raro  
 que el oído impulse la visión  
 y además sea desquiciante)  
 mi trayecto pendular  
 del color pálido al marino  
 en un salón hostil  
 de un febrero de otro siglo.  
 Azul gasa de una herida  
 o pabellón de hamaca,  
 pluma de pavo real a contraluz,  
 envolvía mi pensamiento,  
 sus entrañas criminales,  
 manta de cielo, cabello  
 de ángel arrogante  
 recién lavado y suelto:  
 tan *apenino* que  
 sin motivo  
  
 vale la pena morir.

**Pura López Colomé** (Ciudad de México, 1952). Estudió la carrera de Letras Hispánicas en la UNAM. Ha publicado más de una decena de poemarios, entre ellos: *El sueño del cazador* (Cuarto Menguante Editores, 1985), *Un cristal en otro* (Ediciones Toledo, 1989), *Aurora* (Ediciones del Equilibrista, 1994), *Intemperie* (Juan Pablos, 1997), *Éter es* (Conaculta, 1999), *Tragaluz de noche* (FCE, 2003), *Música inaudita* (Verdehalago, 2004), *Santo y seña* (Premio Xavier Villaurrutia 2007; FCE, 2007), *Una y fugaz* (Bonobos, 2010), *Lieder: cantos al oído/cantos al olvido* (Bonobos, 2012), *Reliquia* (Conaculta, 2014) y *Via corporis* (en colaboración con el artista visual Guillermo Arreola; FCE, 2016). Conaculta publicó, en 2013, sus *Poemas reunidos 1985-2012*. Algunos de sus ensayos se encuentran reunidos en *Afluentes* (Literatura UNAM, 2011). Su obra ha sido traducida en Estados Unidos, Irlanda, Francia, Inglaterra, Holanda, Austria. Ha traducido a poetas como Robert Hass, H. D. (Hilda Doolittle), Breyten Breytenbach y Seamus Heaney. El catálogo del Fondo de Cultura Económica incluye, en su colección de audiolibros (tres CDs), una antología bilingüe de poesía que llevó a cabo en colaboración con el poeta escocés Alastair Reid, bajo el título de *Resonancia/Resonance*. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.







Concurso 48 | Primera entrega



PREMIOS Y MENCIONES

• CRÓNICA

**Primer premio**

*Malgré Tout*

**Marco Antonio Toriz Sosa**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**Segundo premio**

*El Escudo Yucatán*

*o la Policía de la Decencia Blanca*

**Jesús Mihail Koyoc Kú**

Universidad Autónoma de Yucatán

**Menciones**

*Historia de los peces tristes*

**Carla Moriana Delgado Hernández**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*San Marcos*

**Héctor Andrés Echavarría Cázares**

Universidad Michoacana  
de San Nicolás de Hidalgo

*Félix y Noé, dos libreros*

*en el callejón de la Condesa*

**Asael Gerardo Arroyo Re**

Facultad de Filosofía y Letras (SUA)-UNAM

*Crónicas Martianas*

**Alejandro Pérez Cervantes**

17, Instituto de Estudios Críticos

Jurado: **Magali Tercero, Julieta García**

**González y Felipe Restrepo Pombo**

• CUENTO

**Primer premio**

*La aprendiz de Nicole Kidman*

**Rafael Esteban Gutiérrez Quezada**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**Segundo premio**

*Carolina*

**Gabriela Solís Casillas**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**Mención**

*Dieta Diplodocus*

**Irma Sabina Orozco Sandoval**

Universidad Autónoma Metropolitana  
Iztapalapa

Jurado: **Ana Clavel, Cristina Rascón**

y **César Gándara**

• CUENTO BREVE

**Primer premio**

*Transposición*

**Mauricio Nakash Stern**

Instituto Tecnológico Autónomo de México

**Segundo premio**

*Teoría de la Ley Penal y del Delito*

**Flavio Gallardo Aceves**

Facultad de Derecho-UNAM

**Menciones**

*A la infancia*

**Ari Jonathan García González**

Universidad Michoacana  
de San Nicolás de Hidalgo

*Un círculo de poetas malditos*

**Marcos Gibrán Corona Pérez**

Facultad de Ciencias Políticas  
y Sociales-UNAM

Jurado: **Daniela Tarazona, Karen Chacek**

y **Marcial Fernández**

CONCURSO  
48  
punto  
de partida

D  
Literatura  
UNAM

• GRÁFICA

**Primer premio**

*Desaparecer es "dejar de existir"*

**María Fernanda Enríquez Martínez**

Escuela Nacional de Pintura,  
Escultura y Grabado "La Esmeralda"

**Segundo premio**

*Coloración degenerativa*

**Santiago Amaya O'Farrill**

Escuela Nacional de Pintura,  
Escultura y Grabado "La Esmeralda"

**Menciones**

*Entre la vida y la muerte*

**Carlos Eduardo Jacobo Garnica**

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Matinal: simpáticas charlas sobre mis amigas*

**Balam Itzcoatl Celedón Nieto**

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Apochkayaoteotl*

**Oscar Bernardo Ortega Díaz**

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Mi peluda obsesión*

**Diana Aura López López**

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Otoño*

**Erick Balcázar Ríos**

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

*Homo Ludens*

**Diego Leonardo Rivas Venegas**

Escuela Nacional de Estudios Superiores  
Unidad Morelia

Jurado: **Martha Hellion, Maribel Portela**

y **Sergio Ricaño**

• POESÍA

**Primer premio**

*Seres aplastados*

**Anna Angulo Rivero**

Facultad de Filosofía y Letras (SUA)-UNAM

**Segundo premio**

*Los rastros del amor en la ciudad*

*[Estación violeta]*

**Daniel Salazar Ramos**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**Menciones**

*Aviso oportuno*

**Julia Piastro García**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*El canto invisible de los pájaros*

**Manuel Ernesto Parra Aguilar**

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Jurado: **Pura López Colomé, Paula Abramo**

y **Luis Paniagua**

• TRADUCCIÓN LITERARIA

**Primer premio**

*El niño del costal (Cuento de un mundo imaginario que podría ser el nuestro),*

de Gilles Aulfray

**Nadxeli Yrizar Carrillo**

**Humberto Pérez Mortera**

Universidad Iberoamericana

**Segundo premio**

DECLARADO DESIERTO

Jurado: **Yael Weiss** y **Hernán Bravo Varela**

• ENSAYO

**Primer premio**

*El autómatas jugador de ajedrez*

**Ricardo Medel Esquivel**

CICATA-Legaria-Instituto Politécnico Nacional

**Segundo premio**

*Gansito Marinela*

**Ricardo Macías Cardoso**

Facultad de Economía-UNAM

**Menciones**

*Cervantes el endemoniado: ifrit*

*de los últimos cuatrocientos años*

**Manuel Díaz Fernández**

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Plantel Del Valle

*Viento aparente*

**César García Campos**

Universidad Autónoma Metropolitana

Cuajimalpa

*Dos Teodorinas*

**Manuel Marcos Mugica Saavedra**

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Plantel Del Valle

Jurado: **Ingrid Solana, Enrique**

**Díaz Álvarez y Lobsang Castañeda**

• FOTOGRAFÍA

**Primer premio**

*El fantasma*

**Antonio Lozano Cuevas**

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

**Segundo premio**

*Pueblos indígenas chiapanecos,*

*nueve imágenes que hablan una porción*

*de un mundo tan complejo*

**Alberto Andrés Hidalgo Luna**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**Menciones**

*Recaudador de deseos*

**Andrea Amparo Abarca Orozco**

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Las dimensiones del agua*

**Alexis Andrea Grain Hayton**

Centro de Cultura Casa Lamm

*Máscaras y espejos*

**Eduardo Marcelino Champo Rico**

Universidad Autónoma de Chiapas

*Los obreros de la caña*

**Diana Alejandra Betanzos Avilés**

Facultad de Arquitectura-UNAM

Jurado: **Lourdes Almeida, Marisol**

**Paredes y Javier Hinojosa**

## Primera entrega

POESÍA / Jurado: Pura López Colomé, Paula Abramo y Luis Paniagua

*Seres aplastados* / Primer premio

Anna Angulo Rivero

Facultad de Filosofía y Letras (SUAYED)-UNAM

*Los rastros del amor en la ciudad* / Segundo premio

Daniel Salazar Ramos

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

GRÁFICA / Jurado: Martha Hellion, Maribel Portela y Sergio Ricaño

*Desaparecer es “dejar de existir”* / Primer premio

María Fernanda Enríquez Martínez

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda-INBA

*Coloración degenerativa* / Segundo premio

Santiago Amaya O’Farrill

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda-INBA

CUENTO / Jurado: Ana Clavel, Cristina Rascón y César Gándara

*La aprendiz de Nicole Kidman* / Primer premio

Rafael Esteban Gutiérrez Quezada

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Carolina* / Segundo premio

Gabriela Solís Casillas

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

ENSAYO / Jurado: Ingrid Solana, Enrique Díaz Álvarez y Lobsang Castañeda

*El autómatas jugador de ajedrez* / Primer premio

Ricardo Medel Esquivel

CICATA-Legaria-IPN

*Gansito Marinela* / Segundo premio

Ricardo Macías Cardoso

Facultad de Economía (SUAYED)-UNAM

# Seres aplastados

Anna Angulo Rivero

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (SUAYED)-UNAM

## Seres aplastados

Son como esas hojas y flores que se guardan entre las páginas de un libro, secos, frágiles. Algún día fueron tridimensionales, capullos voladores, brotes de algo vivo. En bici por la ciudad los encuentras a cada rato: seres pequeños, aplastados por los coches, aplanados súbitamente, se funden en el asfalto de manera gradual en unos pocos días. Generalmente son pájaros, a veces ratas. Atropellados insignificantes debajo de los árboles de los camellones de todas las avenidas. Manchas grises y blancas en las que se distinguen una patita, un ojo, un ala. Dicen: “cada vez puede ser la última vez”. Instantáneas de la muerte que —como el amor, como el desamor, como los hijos, como las enfermedades— llega de manera repentina a cambiarlo todo para siempre.

## Crítica

Entonces, uno me dice  
que mis poemas explican  
demasiado.  
Que explicar un poquito  
en un poema es  
demasiado  
—en la narrativa funciona, me dice—  
y que la elipsis mejor.

**Anna Angulo Rivero** (Bilbao, 1971). Estudia la licenciatura en Letras Modernas Inglesas en el sistema abierto de la UNAM desde 2014. Es escritora y editora. Estudió teatro y danza en Bilbao y Nueva York. Además de trabajar como colaboradora en varias revistas y como editora independiente y traductora, ha publicado los cuentos para niños *Lo que mi tío piensa de Cristóbal Colón* (Rocío Mireles Gavito, 2006), *Suena México* (Random House, 2010) y la novela *El misterio del lago olvidado* (Progreso, 2007). También es coautora, con Miriam Mabel Martínez, del libro de ensayo *El mensaje está en el tejido* (Futura Textos, 2016) y del cuento *Blancanieves en el metro* (Santa Lucía, 2016). Desde 2001 reside en México con su marido y sus dos hijos.

Y otro:

que mis poemas son “divertidos y diferentes”,  
y que algunos finales “se pueden explorar más”.

Otro (este sí)

me dice que me acuerde de Ovidio:  
hay misterio en las alas de una mosca.

## Los ahogados

Todos los veranos desde que nací, la misma playa, la Salvaje: dos kilómetros de longitud, bajamar y pleamar cada seis horas. 342 escalones para descender un acantilado gris y verde de brezos. Arriba, un cartel advierte a los bañistas de la existencia de corrientes peligrosas. Instrucciones: “Si te lleva la corriente, no entres en pánico, déjate llevar. En algún momento la corriente perderá fuerza y podrás regresar nadando a la orilla”.

Me atrapó una corriente poderosa en la ciudad sin mar. Yo la vi y decidí meterme. No se puede culpar a la corriente por arrastrarme. Siento un poco de pánico, pero me dejo llevar. Tengo la seguridad de que las instrucciones de la playa de mi infancia funcionan (aunque cada verano había un promedio de dos ahogados).

## El frío

Ha debido llegar el invierno. Tú no eres frío. Estás lejos.

Así el amor viene va y no hay quien nos entienda sólo el asombro el dolor. Nada va a cambiar te adoro el amor que te tengo es de verdad *solid rock*. Un amor selecto una piedrita escogida entre millones de piedritas en la orilla del mar y es porque tienes los ojos verdiazules. Es importante que lo sepas y que después de saberlo nos dejemos ir el uno al otro tal vez tú ya lo hayas hecho es confuso no sé si aún estoy tratando de guardarte en una caja o si tú me escondes en una repisa junto a tu libro preferido o si ya me dejaste ir como los olmos de tu avenida dejan ir sus hojas aquí no hay otoño o los niños dejan ir sus recuerdos.

Yo en esas ando. Tratando de que se rompa el maleficio el enojo y el mensaje se autodestruya después de leído.

Tú te alejas te desenamoradas aparece otra visión otro rostro te atrapa la viste pasar cántabra colombiana chilena como viniste te vas dejando sorpresas escondidas en lugares secretos y así está bueno te desdibujas. Nos hicimos amigos nos besamos nuestros cuerpos se recogieron el uno en el otro y el peligro de caer enamorada es real. Las conversaciones que uno desearía no haber borrado. La imposibilidad de todo el asunto. El hecho de que nada que ver tú y yo. En algún desierto intermedio nos encontramos pero ahora es hora de regresar cada uno a su casa. Las palabras son nuestro enemigo. Los dos no me mientas no juegues con mi corazón qué quieres de mí aléjate por favor no intentes besarme nunca más sólo queda pasar por el edificio donde vives y mirar tu ventana. Yo mucho menos soy fría ya me conoces es más yo siempre estoy quemando por dentro. Las palabras son nuestro abrigo.

## Hallazgos

1.

En el río contaminado con metales pesados

encontró

bacterias mutantes de gran belleza y complejidad.

En la basura

encontró

los muebles de sus departamentos.

En la calle

el mejor hallazgo de todos: amigos.

Encontró que nada es perfecto, que siempre hay un pelo en la sopa y

una pierna siempre es más larga que la otra. “Bienvenida”, pensó.

Arte = hallar encontrar localizar topar atinar descubrir converger,

ya que ya todo ya existe.

2.

Qué se hace con lo que se halla:

Mutarlo.

Apropiárselo.

Tergiversarlo.

Cambiar un instante.

Modificar el pensamiento de otro.

Una revolución suave.

## La asistente

No puedo evitar sentirme extraña.  
Viernes 2:30 en el Contramar.  
Entro al restaurante: sin maquillaje,  
con una camisa vieja, las axilas  
sudadas, la bici amarilla afuera.  
Sin blusa de seda, fuera de lugar,  
extranjera, invisible.  
Sin embargo, crecí en un norte con mar gris  
todos los días respirando  
bravura mineral.  
Me aferro a mis raíces  
para sobrevivir  
en este pantano tropical.  
El fango, le llaman.  
Mis ojos —a la defensiva—  
absorben la escena  
y sé que soy  
la única aquí que puede  
cocinar un pescado  
mejor que el chef.

## La puerta quemada

Por lo general yo me quedo callada.

Estoy aquí de invitada,

y así me enseñó mi madre:

“si no tienes nada bueno que decir, mejor quédate callada”.

Pero aquí les va:

Si fuera por mí, los mataría a todos.

Sí hay quienes merecen morir de forma violenta, como el hijo de puta alcalde de Iguala.

Responder al Estado violento con violencia: eso no hay que hacer, lo sé lo sé.

La montaña de muertos llega a los 4,000 metros sobre el nivel del mar, y el pueblo quema una  
puerta.

No sé.

Son días oscuros.

Tejí 43 desaparecidos y 6 muertos.

Encontré una tortuga cuatro veces preñada.

Están una puerta y un país, ambos en llamas.

## Anarquía

Sobre ella soy

un ser fantástico

mitad mujer, mitad bicicleta.

Los autos lanzan llamas de odio porque aparezco en dirección contraria, me salto los altos,  
asusto a los que salen de sus garajes y llego antes que ellos a mi destino.

Hay dos bandos: los carros y el número creciente de bicis  
en la ciudad arruinada por los carros.

Esta guerra no la entiendo. Yo no odio a los coches,

sólo trato de esquivarlos. Tienen su chiste,

pero hay demasiados y el petróleo

y algunos son francamente feos y recuerdan a tanques de guerra.

“Así te mantienes en forma”, me dice la vecina.  
No, señora. Así llego a donde quiero ir.  
Sentada, veloz,  
el aire me peina como a mí me gusta  
y a cada rato me asaltan *satoris* que olvido a la misma velocidad con la  
que suceden.

E insiste la vecina: “¿pero no llega usted toda sudada al trabajo?”  
No llego sudada sino iluminada momentáneamente.

Además: hace poco aprendí a pedalear sin manos.  
Ahora, de vez en cuando, sobre una calle más o menos lisa,  
levanto mis brazos: es el triunfo de la cinética sobre la adultez.

## **El hombrecito vestido de gris**

Vivimos en el mundo de blanco o negro, nada de medias tintas.  
Ensalzamos a los hombres y mujeres decididos, con las cosas claras.  
*Just do it* en letras amarillas fluorescentes sobre un fondo *rosapink*.

Tiene el gris un tinte de mediocridad y de duda. Es el color de las masas.  
Encarna al oficinista eterno, al burócrata, al funcionario.

Sin embargo, el granito, noble, es gris.  
Los masones comprendieron el gris.  
Es muchas veces el color del mar y del cielo.  
Es infinito, inasible; no duda, sino que se multiplica.

## *Wax revolution*

Parece un hospital de ensueño.

Así deberían ser los hospitales: con dibujitos sexys en las paredes blancas, olor a cera caliente, música lounge, chicas en bata blanca y con tapabocas. Muy blanco todo, mucha luz, porque no se puede escapar ni un pelo.

Eli me depila las cejas y el bigote con un hilo.

Es una técnica persa brutal, pero curiosamente no irrita tanto la piel.

Después me depila el pubis con cera.

—¿Todo?, me pregunta.

—Sí, todo.

—Hollywood Brazilian se llama, me dice.

—¿De dónde saldrá esta fantasía?, pregunto.

Yo pienso en el pubis desnudo de mis amigas de la infancia.

En la piel tersa, lampiña, de las mujeres de otras tribus.

En xoloitzcuintles.

Y en porno, claro.

—Viene de Sudamérica, contesta Eli. —Brasil, Colombia, Venezuela. Allí se depilan todo desde jovencitas.

Llego a casa, a mi baño, y en el espejo observo mi cuerpo de mujer sin pelos en el coño.

Hay algo que no encaja.

Es como contemplar

en Tlatelolco

la pirámide a un lado y el edificio Chihuahua al otro.

Sólo que a mí me volverán a crecer pronto los pelos. A Tlatelolco tal vez ya nunca le salgan chinampas.

## **Dos años de lactancia (Oda al cheeto)**

Naranja ocaso,  
llamarada  
crujiente, audaz.  
Ritual de cada viaje  
(coca *light* y cheetos).  
Misterioso sabor importado  
de un laboratorio en New Jersey  
hecho con cereal tipo maíz  
hecho en México por Pepsico.

El cheeto nos ha acompañado  
en la furia y en la paciencia  
de miles de viajes en carretera  
amarrados a los asientos con los cinturones de seguridad  
por fin quietos  
hemos hurgado las profundidades del alma  
comiendo cheetos  
y allí dejamos nuestra huella  
con olor a queso.

Y luego vino aquella revelación,  
aquella epifanía fluorescente  
una tarde en el parquecito de la calle de Cuernavaca:  
vi mi pezón rodeado  
por una aureola naranja ocaso  
y supe  
que ya era hora de dejar de amamantar  
a mi pequeño cachorro de dos años.

## La chica del poeta

Debe ser difícil ser la chica del poeta.  
La hace protagonista de líneas  
más fragantes que cualquier perfume, más  
elocuentes que un cuadro abstracto-expresionista.

Si no tiene un papel central, por lo menos  
forma parte de la belleza general  
del poema:  
la chica hace su aparición estelar  
en un verso impar.

La chica lee el poema y cae extasiada.

Pero después: el poeta se inquieta.  
Ah, no quiere vivir demasiado cerca de la chica.  
Entonces se acabaría la magia.  
*Knock out* la poesía.

El poeta —no es broma—  
necesita soledad y silencio  
—es cierto—.

(Cómo pueden escribir, pregunto,  
los poetas con hijos pequeños.)

También debe ser horrible ser el exmarido de la poeta.  
Ella puede escribir un poema de largo aliento sobre la ruptura  
en el que se dilucida  
que los hombres son por lo general  
aunque hermosos bastante hijueputas.



**Daniel Salazar Ramos** (Ciudad de México, 1993). Pasante de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, así como miembro honorario del Seminario de Lenguas Otomangues de la misma institución. Ha participado tanto en proyectos comunitarios de lectura en voz alta como en talleres culturales y de desarrollo sustentable, al igual que en diversos foros académicos y poéticos. Incursiona en la poesía y el ensayo.

(las nubes  
                   la nieve púrpura  
                                   las palabras bonitas)  
   a jicarazos?  
 porque abro los ojos y descubro  
   (estás enfrente)  
 qué tibia es la derrota y la caída  
   (qué no me ves a mí cayendo?)  
 qué suave el sortilegio del azúcar  
   (o al día abriéndose como una mano?)  
 qué cosa más terrible ver crecer  
                   (aprisa)  
 frente a mí  
                   plantada por tus pasos  
   una florecita en la banquetta

III.

ámame como la jacaranda  
                   de pronto, de lavanda  
 deslava el invierno, lava morada,  
   ávida y fugaz acacia  
 con furia púrpura, pródiga, instantánea  
   ámame como la jacaranda  
 y cuando la temporada acabe,

el follaje caduco de tu cuerpo lo llevará el barrendero al mausoleo de las alcantarillas  
pero no importa la muerte intempestiva  
¿acaso no todo placer se derrumba?  
ahí, con quieta impaciencia, en lo oscuro  
esperarás un tiempo nuevo en la avenida  
y vendrá el tiempo nuevo con tu motín de flores  
y abrirás con tus puños de seda este cuerpo  
esta ciudad de nuevo  
estación violeta

## La tromba

Recuerdo la calle.  
El cielo escondía un grito  
y los faroles nos miraban preguntando.  
Recuerdo cómo desfilaban los hoteles  
y la calle se volvía de arena  
porque buscábamos asilo,  
—nuestros pasos dando tumbos—  
los dos oscuros bajo la noche sola.  
Entre las sombras desfilaban los hoteles:  
nos habíamos cansado de hacer guarida con manos y ramas  
como dos pájaros inquietos  
y no había quién recibiera nuestros restos.  
De pronto me sumí en una oscuridad sin nombre  
y desapareció tu rostro  
y sólo se escuchaba las risas de los borrachos.

Abrí los ojos. Recuerdo.  
Apareciste al otro lado de la calle  
pero la calle era un precipicio.  
Todo se arrojaba hacia su boca:  
la música, las envolturas, los vagabundos.  
Caminábamos cada quien en el filo de un cuchillo  
hiriéndonos  
con la mirada puesta al otro lado de la calle  
porque el beso había sido frágil,  
delgado, luminoso,  
como si fuera un huérfano,  
como si fuera la tundra,  
como si fuera vela encendida  
en medio de la tormenta,  
y habíamos, por alguna razón que no recuerdo,  
habíamos de salvarlo.

Nos arrojamos.  
Para entonces ya llovía  
y volvió la oscuridad sin nombre.

Recuerdo un golpe.  
Recuerdo también los candados,  
la lluvia.  
Cuando abrí los ojos sólo estabas tú que te agotabas  
en una eme que dolía,  
sobre las tablas, agonizando,  
y nuestras manos agarradas eran una rosa  
de flamas en medio del océano.

(De pronto estábamos a metros de las costas de Cuba,  
huyendo,  
rezando a Santa Bárbara).

De pronto habíamos vuelto  
a la ciudad que se desmoronaba  
con un coro de sábanas

y lo único real era tu cuerpo  
desgajándose.  
El mundo se cerró dentro de un trueno.

Regresé de la oscuridad sin nombre:  
tus pestañas dormían furiosamente  
y pensé: “sobrevivimos la catástrofe”.  
Recuerdo la calle,  
el día siguiente  
y la violencia de la mañana en su blancura  
(porque lo blanco siempre encierra algo de violencia:  
el relámpago,  
los dientes,  
la sal,  
el semen).

Salí corriendo por la calle que seguía siendo calle  
porque pensé que tendría tiempo de escribirlo,  
que había que salvarlo,  
que la rosa había florecido,  
que alguien nos esperaba en alguna parte  
escondido entre las sábanas.  
Tú ya no estabas.  
Recuerdo los charcos en la calle  
y en mi boca el sabor,  
los naufragos.

## Réquiem por el Parque Hundido

*adoro todo lo que no es mío  
tú por ejemplo  
Blanca Varela*

hay una banca en un parque  
    hundido en sus ausencias  
        entre sílices montañas y peseros  
allí me siento a caminar entre los árboles

hay longitud matinal  
la luz es como miel de liquidámbar  
    bañada por partículas de polvo  
        como pequeños días que se desploman  
        como una piel radiante que se descama

todo es femenino y hojas secas  
        una atmósfera de música lumínica  
y observo a través de la luz

por la ranura de esa mañana  
entre esas motas ingravidas meneándose  
    una habitación sin fondo con un niño  
        —como los niños que también hay en el parque—  
los columpios solitarios que aún se mueven



los hombres olvidaron el saqueo  
yo no

como se escapan los balidos de la piel del día

esta primavera es un último intento de olvido  
porque yo podría fumar aún ese tabaco  
y exhalarte por mis poros nicotinos  
en que hoy me asomo  
a aquella habitación llena de humo  
*a tus axilas de siesta*  
a los miembros entumecidos

el niño se ha quedado allí encerrado      no hay manera de sacarlo  
nadie responde      el zaguán calla  
pero hace años que tumbaron esa calle  
sólo el parque resiste al tiempo  
¿para qué entonces tantas palas?

¿dónde la casa que construimos  
al borde de la ladrillera?

mi pecho sigue abierto      prodigando nochebuenas y polillas  
¿quién barrerá la hojarasca  
si tus barbas sacuden  
otros cuerpos?

regreso a mi banca  
todo es femenino y hojas secas  
y risas muertas en el suelo  
y niños ahogados en una esfera  
y oyameles violentos en silencio  
y los días colapsando entre el follaje

regreso      porque soy un vagabundo  
que habita un parque hundido      en sus ausencias

acorrallado entre peseros montañas y sílices  
porque sólo sé regresar  
porque cuando me canse  
de volver  
a tu rostro de musgo por las noches  
¿a dónde llegaré si tu recuerdo  
no descalabra la madrugada con su filo?

ha partido la mañana  
y regresa tu nombre crepuscular  
*tres sílabas nocturnas*  
que anidan sobre las hojas del liquidámbar

el parque sólo resiste al tiempo  
¿cuál parque?  
¿alguna vez hubo parque?

lento el viento se derrama  
en su escándalo de árboles  
un pájaro de ruido atraviesa el vacío  
y me siento a caminar por los escombros

De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2017



# Desaparecer es "dejar de existir"

María Fernanda Enríquez Martínez

ESCUELA NACIONAL DE PINTURA, ESCULTURA Y GRABADO LA ESMERALDA-INBA



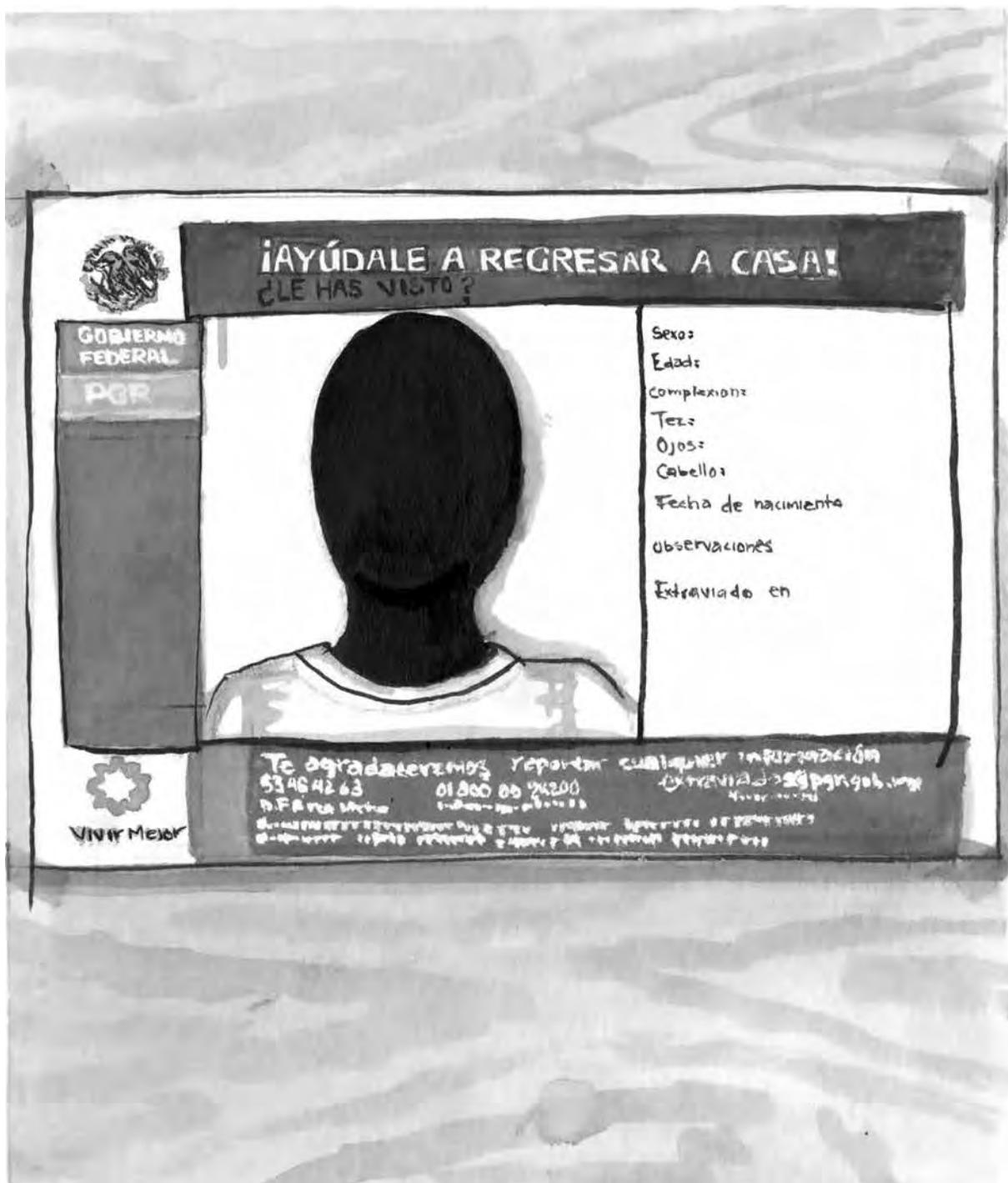
Todas las imágenes de la serie: tinta china/papel, 21.5 x 14 cm, 2017

**María Fernanda Enríquez Martínez** (Ciudad de México, 1997). Actualmente cursa el quinto semestre en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda. Obtuvo una beca para niños sobresalientes en el estado de Morelos. Participó durante tres años en el taller de medios mixtos en el Centro Morelense de las Artes.









# La aprendiz de Nicole Kidman

Rafael Esteban Gutiérrez Quezada

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Para Brenda

*But that I am forbid  
To tell the secrets of my prison-house,  
I could a tale unfold whose lightest word  
Would harrow up thy soul.*

William Shakespeare, *Hamlet*, 1, 5

Nicole Kidman grita. Es un grito breve y rasposo, salido de su entraña, como si algún objeto pesado le hubiera caído en el estómago y lo hubiera obligado a salir. No es un grito de razón ni ensayo. Nicole Kidman no grita porque Alejandro Amenábar se lo haya pedido. Su grito es de auténtico terror, pero no sabemos nada de su origen. Se me ocurre que tal vez, mientras fingía dormir para rodar esa escena inicial en la que su personaje despierta de una extraña pesadilla, recostada en la cama, se percató del horror metafísico de sus acciones, del argumento lúgubre de la película que estaba por rodar, y despertó gritando, sin artificios, de verdad.

Yo también lo hubiera hecho en su lugar.

En realidad, mucho antes de ver esa película, ya era uno de mis miedos más profundos, uno que me reducía el hambre y el sueño: estar muerta un día cualquiera y no darme cuenta. Siempre existe ese riesgo, sobre todo si, como en *Los otros*, habitas una solariega casa victoriana en una isla inundada de neblina, luego de haber asesinado a tus dos hijos en un arranque de locura, movida por el trauma de haber perdido a tu marido en la guerra.

Espero que todos los lectores hayan visto la película o me temo que les habré arruinado el desenlace. Es de

esas películas que solamente te emocionan la primera vez, aunque ese “solamente” implica un enorme placer. Pero no quiero que piensen que mi circunstancia es poco original o que carece de encanto cinematográfico. A pesar de todo, a mí me va mejor que a Nicole Kidman: yo estoy consciente de que estoy muerta.

Y aquí donde estamos —es decir, ustedes y yo— no es una película. Los muertos de verdad tenemos severas dificultades para ser captados por las cámaras (cuando sucede, siempre resultan imágenes borrosas a las que nadie da crédito y la gente tacha de lunático a quien las tomó), pero la palabra, por fortuna, nos sobrevive.

\*

Sucedió hace meses, en la misma casa donde pasé mi infancia, a cinco mil o siete mil kilómetros de donde me encuentro ahora, escribiendo estas líneas. Mi familia no era gente de gran fortuna, no teníamos una tétrica mansión donde habitaran fantasmas por los siglos de los siglos, pero vivíamos confortables en aquella casa que, contrario a lo que ustedes pudieran pensar, era moderna, de tapizado y alfombra alegres, con acabados de madera en el vestíbulo y en el despacho, que reverberaban todas las mañanas gracias al barniz. No tenía áticos sombríos ni puertas cuya llave se hubiera perdido en la recóndita ambigüedad de los tiempos. Ahí llevé una vida tranquila.

Lucy y yo nos pasábamos las tardes viendo películas de espanto; ambas habíamos heredado esa vena misteriosa, el amor encarecido por el horror clásico, fantasmagórico, y a veces, en deslices, por el burdo *suspense*

**Rafael Esteban Gutiérrez Quezada** (Ciudad de México, 1995). Actualmente cursa el noveno semestre de la licenciatura en Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Como cuentista ha colaborado en las revistas *Horizontes* del Colegio de Estudios Latinoamericanos, y *Ágora* del Colegio de México. Como columnista, colabora periódicamente en *Horizontes*. Ha recibido reconocimientos por su trabajo literario, como el Primer Premio Memorial 68 en la categoría de Cuento en 2015 y el XVI Premio de Cuento Letras Muertas en 2016.

hollywoodense. Ella quería convertirse en actriz especializada en filmes macabros y su mayor ambición de toda la vida era superar, enterrar y bailar flamenco sobre el legendario grito de Nicole Kidman. Yo no soñaba con una carrera de luces y espectaculares, pero me hubiera gustado llegar a escribir guiones de terror. Una vez me animé a escribir un cortometraje que nunca llegamos a rodar.

La historia era la siguiente: una mujer sale huyendo de una casa antigua como las que hay en la colonia Condesa o en la Roma, de gustos franceses. Se le ve desesperada, en su rostro se refleja el miedo, y como mira constantemente sobre su hombro, el espectador deduce que alguien (o algo) la persigue. Corre por muchas calles, gira intrincadamente por las esquinas hasta que se oculta detrás de un poste de luz. Cuando voltea para averiguar si aún la siguen, no vemos nada. (*¿Ha pasado el peligro? ¿La sorprenderá en cualquier instante mientras reposa bajo ese remanso de iluminación?*) Mira a su alrededor; ha llegado a la entrada de un hotel pequeño. (*¿A dónde más puede ir si es evidente que ha sido expulsada de su refugio?*) Entra, alquila una habitación, y cuando sube hasta su cuarto, decide darse una ducha. Ella se cree a salvo, pero nosotros sabemos que no puede ser así. Mientras el agua cae del grifo llenando la bañera y ella se despoja de su ropa, escucha —o cree escuchar— que alguien avanza por el pasillo. Cierra la llave y hay un momento de silencio apenas roto por la gota rebelde que escurre por el tubo. Nosotros esperamos... (*pienso en muchos amigos que habrían cerrado los ojos y cubierto sus oídos, conscientes de lo que sucede a continuación*). Entonces se escucha un golpe seco: lo sabíamos, la ha



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*,

seguido hasta ahí, hasta ese hotel perdido en el laberinto de la ciudad, e intenta derrumbar la puerta del baño. Ella se retrae hacia la pared y mira en derredor sólo para darse cuenta de que no hay manera de escapar. Se suelta a llorar y cuando la puerta cede totalmente, ella grita (*sí, como Nicole Kidman*). Quien atraviesa el umbral, sin embargo, no es una criatura grotesca, o tal vez lo sea para algunas gentes: es un hombre anciano (*digamos Sean Connery o Donald Sutherland*) que viste una sotana negra y empuña un crucifijo en la mano izquierda; un sacerdote. Murmura oraciones con voz violenta y la mujer se contorsiona: su rostro se vuelve sombrío, sus ojos se inyectan de sangre y un vaho siniestro le sale por la boca. Termina con una toma de la puerta exterior del cuarto y con sus gritos, que ya no son de este mundo. El demonio, por supuesto, era ella.

Me hubiera gustado que Lucy interpretara ese papel. Si no lo hicimos, aunque fuera con la cámara más vieja y de peor calidad, fue porque ella insistía en que



fotografía digital, 2017

su grito no era ni remotamente parecido al de Kidman y que no podía deshonrar mi trabajo con cualquier alarido vano y superficial. No, primero tenía que crecer y convertirse en una actriz reconocida.

Por eso, cuando no veíamos películas, nos dedicábamos a perfeccionar la técnica. Siempre que nuestros padres salían y nos dejaban solas en la casa, ensayábamos el aullido de horror que algún día habría de estremecer a las grandes masas. Nos escondíamos una de la otra y aparecíamos a nuestras espaldas por sorpresa, con el objetivo de recrear el momento de forma natural. La primera vez que lo hicimos, una vecina llamó a la puerta para asegurarse de que todo estuviera bien, pero con el tiempo, que vuelve invisible lo cotidiano, se acostumbró a nosotras. Nos llamaba “las niñas fantasma”, y para mí estaba bien, pero Lucy insistía en que la llamaran “la aprendiz de Nicole Kidman”, aunque sólo tuviera sentido para nosotras. Éramos felices.

\*

Morí por un accidente doméstico, un miércoles cualquiera de julio (ni viernes trece ni una fecha cabalística que involucrara una secuencia de números seis), mientras me bañaba. Fue culpa mía porque siempre entraba a la ducha con las sandalias puestas para no resbalar, ahora que colocan azulejos tan resbaladizos para mantener a raya la población mundial, pero ese día lo olvidé. Me percaté de inmediato, al contacto de mis pies desnudos con el suelo frío y, por unos segundos, sopesé la posibilidad de salir a buscarlas, ya con el agua escurriendo por mi cabello, con la amenaza del viento helado que solía ponerme la piel de gallina y provocarme estornudos. No lo hice y no hacer nada, como hacer algo, cambia inevitablemente el rumbo de las cosas.

No recuerdo bien cómo resbalé, si corría espuma de jabón entre la mampostería, si el agua rechazó mis pies mortales caminando sobre ella como antes había aceptado los de Cristo, pero sé que no encontré nada para sujetarme en esos instantes milimétricos de la caída y que mi nuca dio de lleno contra el suelo.

Aunque fuera una muerte risible, fue también una escena de película: una cámara que toma desde arriba el cuerpo desnudo de una chica que se desangra en la ducha, con el agua tiñéndose de rojo y la regadera abierta como único indicador de que el tiempo no se ha detenido para los otros y que hay un mundo que se queda atrás.

Espero que los lectores comprendan si omito los detalles de mi descubrimiento, es decir, el de mi cuerpo. Es increíble, pero aún convertida en esto que soy (supongo

que fantasma es la palabra, aunque se quede corta), hay escenas que dejan una huella profunda en la sensibilidad. No deberían dejar que ningún muerto vea cómo su familia llora sus restos, ni escuchar su llanto, ni mucho menos estar presente en el sepelio. ¿Pero a dónde iba a ir si no? No me habían dado instrucciones de nada, no vino nadie a recibirme ni a mostrarme el camino o a indicarme lo que hacía falta para “dar el siguiente paso”, ni había luces celestiales para seguir.

Tuve que regresar a casa con ellos después del funeral. Lo hice en la cajuela del coche porque Lucy decidió recostarse a lo largo del asiento trasero y yo entonces no sabía si podía ocupar el mismo espacio que ella sin ningún problema, si le provocaría un frío escalofriante en la piel y le pondría de punta los cabellos, si notaría mi presencia como una sensación molesta en la nuca o como una opresión inmaterial en el pecho. El maletero es incómodo, me moví mucho e hice ruido (ahí descubrí que después de todo sí podía manipular objetos) pateando el cofre y chocando el gato con otras herramientas. Provoqué que mi padre se detuviera para inspeccionar. Abrió el maletero y me miró directo a los ojos, luego recorrió mi cuerpo completo y regresó la vista a mi rostro. Cerró la puerta y cuando volvió a su asiento, lo escuché balbucear “no hay nada, las herramientas que saltan con los baches”. Pero esa noche no dejó de llorar.

\*

Por supuesto que mis padres la pasaron muy mal luego de aquel día. Casi no hablaban entre ellos, y cuando lo hacían, inevitablemente alguno de los dos me mencionaba



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*,

por cualquier motivo, para decidir si seguirían en la casa cuyo baño era responsable de mi defunción, para discutir el destino de mis objetos personales, para pactar la hora en que ahora habrían de tomar el desayuno, porque a mí solía darme hambre desde muy temprano. Sospecho que en el fondo se tenían un resentimiento mutuo



fotografía digital, 2015

por pensar que no me habían brindado suficiente protección. Cuando se duchaba, mi madre estallaba en lágrimas y golpeaba la pared a puño limpio hasta hacerse daño. Mi padre no tardaba más de cinco minutos bañándose, se vestía a prisa, apenas comía, se iba prácticamente sin decir nada y no volvía hasta el anochecer.

Pero el cambio más brusco y el que más me acongojó fue el de Lucy. Cuando volvía de la escuela ya no se tumbaba en la sala a mirar películas de terror; en vez de leer los blogs de cine en internet, que dedicaban amplias y categóricas columnas a los nuevos estrenos, comenzó a hacer la tarea completa (señal inequívoca de que

un espíritu joven ha sido cabalmente domesticado, que su chispa se ha extinguido), y no sé si siempre le habían dejado tanta tarea y jamás la hacía, pero se pasaba todo el tiempo pegada a los cuadernos, hasta que el sueño la derrotaba.

Ya nunca ensayaba los gritos de Nicole Kidman. A los pocos días vino a tocar la misma vecina de la primera vez, preocupada. Contó que se había sentado en su sala, como cada fin de semana, pero que de pronto le habían ganado los bostezos, algo que no le sucedía desde hacía muchos años. Entonces sintió una angustia profunda en el estómago y el pecho, un desasosiego, un malestar; se había percatado del silencio que imperaba en nuestras casas desde hacía semanas. Corrió a ver si Lucy se encontraba bien. Esa tarde lloré, aunque ningún líquido escurría de mis ojos.

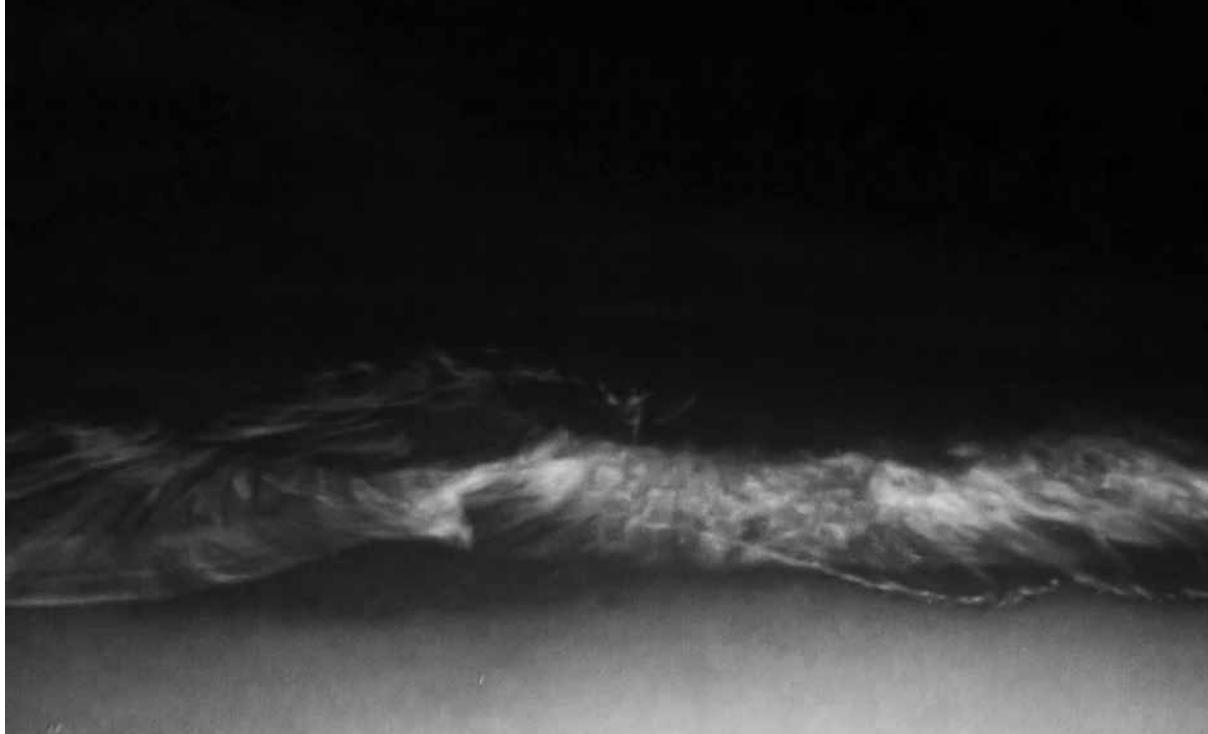
\*

Nicole Kidman escucha un sollozo infantil en algún sitio de la casa. Corre a ver al más pequeño de sus hijos a quien ha dejado estudiando en el comedor, le pregunta por qué llora y el niño, desconcertado, le dice que no ha sido él. Nicole entonces piensa en su hija y corre al salón de música donde ella está. ¿Por qué lloras, qué te ocurre? No he sido yo, ha sido Víctor, el niño que se encontraba aquí hace un momento. Un niño del que Nicole Kidman no sabe nada. Con esa escena comienzan las señales paranormales y ultraterrenas de la historia. El cine de terror está hecho a base de cosas así, acontecimientos inexplicables que desafían al sentido común y que golpean el frágil muro de la cordura en la mente de los personajes y del público, hasta que lo rompen. Y en ese quiebre están los gritos. Recordando esa escena, tomé la decisión de regresarle a Lucy las ganas de superar a Nicole Kidman, desplegando todas las artimañas de los mayores filmes y los mejores espectros del *suspense*. Me aprovecharía de mi condición de aparecida para modificar las cosas de la casa a mi antojo cuando Lucy se quedara sola en la casa, para despertar en ella el instinto encriptado de “la aprendiz”. Y el primer viernes de agosto, mi oportunidad se presentó.

Siempre he creído que una película empieza y termi-

na, es buena o es mala, triunfa o fracasa, por su música. Y una banda sonora es buena cuando se mueve a la misma velocidad que la historia y crece junto a la trama (por eso el tun-tun-tuntun-tun-tun de *Misión imposible* se hace más fuerte mientras más fuerte es el peligro, y por eso el tema de *Parque jurásico* pasa de la insignificancia de la especie humana al gigantesco ritmo de cuerdas y trompetas con los dinosaurios). Cuando Lucy se sentó en la sala con sus cuadernos, lo primero que hice fue encender la radio. Hice sonar una pieza de Nicholas Hooper que suena de fondo en una película de *Harry Potter*. Cuando las voces del coro cantaron el estribillo, abrí la ventana y dejé entrar el viento, ese inefable cómplice del misterio. Las hojas del cuaderno de Lucy se alborotaron al igual que su cabello. Entonces abrí la puerta del baño y la cerré azotándola, una y otra vez. Sabía que ella se acercaría, porque a pesar de haber visto tantas películas, era tremendamente curiosa y no se asustaría tan fácil. Cuando se aproximó, abrí por completo la puerta e hice que las luces del baño parpadearan y que la cortina de la ducha revoloteara. El toque final estaba al otro lado de ese manto de plástico: me quedé de pie al encuentro con su rostro, convencida de que mi aparición desencadenaría en su estómago el mismo miedo metafísico que llevé a Nicole Kidman al éxtasis. Lucy, mi aventurera Lucy, corrió la cortina. Ahora gritará, pensé.

No sé bien si ustedes me entenderán a partir de estas palabras. Toparse con un par de ojos es, de por sí, intimidante: si esos ojos son hermosos y pertenecen a una persona querida, el cuerpo reacciona enviando señales inequívocas; si esos ojos están consumidos por el horror, el cuerpo también lo reconoce. Yo no tengo cuerpo y tal vez eso me permitió mantenerle la mirada a Lucy, pero tampoco fue sencillo. Se sabe que alguien va a gritar porque los globos oculares se cubren con el velo del pánico, como una especie de preámbulo a la embriaguez del miedo; Janet Leigh no puede abrir bien los ojos en *Psicosis* cuando la cortina del baño se corre porque el agua de la regadera cae en torrente por su rostro, pero cuando muere, la cámara nos revela que, en efecto, conserva la mirada del espanto; John Marley contempla con los ojos bien abiertos la cabeza de caballo que encuentra en su



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2014

cama al despertar, en esa escena tan famosa de *El padrino*, y en el final de la parte tres, Al Pacino abre los ojos hacia el cielo, como queriendo atravesar el universo, antes de pegar el grito por la muerte de la hermosa Sofia Coppola en las escalinatas de la Ópera; Nicole Kidman despierta de su pesadilla aullando de miedo, aunque nosotros sabemos que, en realidad, no ha despertado y que de hecho ha abierto los ojos a causa del horror de su pecado.

Lucy no gritó nunca, no me tenía miedo: ¿cómo temer a quien has querido desde siempre? Aquel era un horror distinto, el horror del día en que nació, cuando yo tenía cinco años y la cargué por vez primera, recelosa de que aquella criaturita me quitara el amor de mi familia; el horror de las tardes en que comprábamos helados en cualquier puesto ambulante del parque y escogíamos sabores contrarios para después envidiarnos mutuamente; el horror de la primera película de miedo que vimos en la sala, que en el fondo fue más placentera que terrible, porque la vimos abrazando los cojines del sofá y abrazándonos nosotras; era el horror de la vida, aquella que ya no teníamos ninguna de las dos porque una tontería en ese mismo baño nos la había quitado. Y el horror no era de Lucy, no estaba en sus ojos. Era yo, que no me reflejaba en ellos. Era yo quien estaba

en posición de gritar en ese instante porque el juego se me había acabado para siempre, porque Lucy no sería Nicole Kidman ni yo envejecería con ella, porque Lucy en realidad no podía verme y sus ojos se habían fijado por casualidad en los míos al correr la cortina, pero yo no era un fantasma para ella, sino un recuerdo silente, doblegado, afónico, y aquello era horrible, una pesadilla, porque Lucy no tenía ninguna razón para gritar. A partir de entonces, no habría más que silencio.

Salí del baño, abrí la puerta de golpe y huí de la casa. En la calle me topé con la vecina curiosa que de seguro se había sentido atraída y perturbada por la tranquilidad. Pasé a través de ella y creo que ni siquiera se inmutó: fui yo la que sintió frío. Entonces emprendí el viaje hasta esta remota isla del Canal de la Mancha, a pie, por supuesto, ahora que al agua no le molestan más mis pasos en su superficie. Vine en busca de una bonita casa victoriana cuyos habitantes estén acostumbrados a gritar. Los ingleses que compran estas casas tampoco pueden verme, pero se asustan aunque no vean ni escuchan nada, quizás por el simple placer de asustarse a la vuelta de cada pasillo. Placer que, sospecho, los orilla a vivir en estas mansiones. Es gracias a ellos y a la escritura de estas líneas que, mal que mal, conservo la cordura. P

# Carolina

Gabriela Solís Casillas

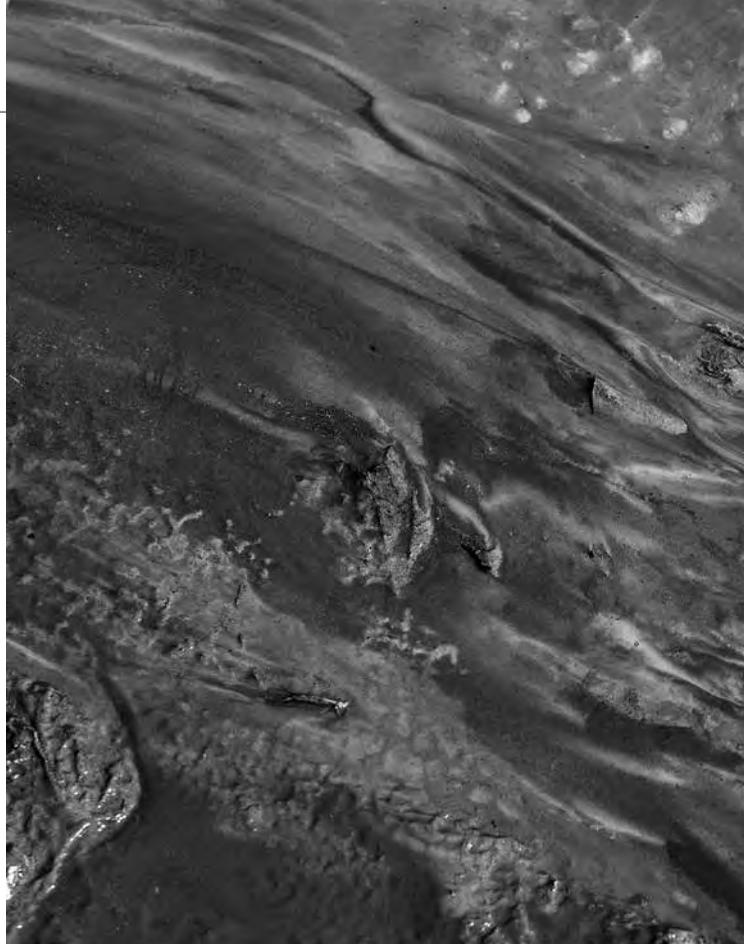
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

*Para siempre en mí esta señal,  
que no sé si es la del mundo y su  
pecado o la de una desolada re-  
dención.*

Inés Arredondo, “La señal”

**Y**o le ganaba la calle al sol cada mañana. Me gustaba levantarme temprano y barrer antes de que el calor descompusiera las cosas. Todos los días antes de bañarme, ponía una vela frente a la fotografía de mi padre, recargada a los pies de un Cristo de barro negro, y rezaba un Padre Nuestro. El agua fría me recordaba, de lejos, como murmurando, que todas las almas están envueltas en un cuerpo. Cerré la llave y canturreé algo mientras me ponía uno de mis tantos vestidos negros. Cuando Irene y yo nos veíamos para tomar café por las tardes, ella insistía constantemente en que cambiara mi apariencia. Siempre con tus vestidos negros, como de luto —me decía, sin mala intención—. Poco después, Irene se casó y dejamos de frecuentarnos.

Una vez limpia, salía a barrer la calle. A las seis y media de la mañana pasa muy poca gente; obreros casi todos. No los miraba porque me intimidaba la forma en que sonreían. Martín también pasaba por ahí temprano. Era muy cortés; inclinaba un poco su sombrero a modo de saludo y yo le respondía con una sonrisa breve. Además de eso, sólo lo veía los domingos en la iglesia. Parecía que él y yo éramos los únicos que asistían todos los fines de semana. Hasta cuando había feria el sábado anterior, el domingo a las siete de la mañana ahí estábamos los dos, entre un montón de ancianas, alegres de ir a escuchar misa. Aunque nunca platicábamos más allá



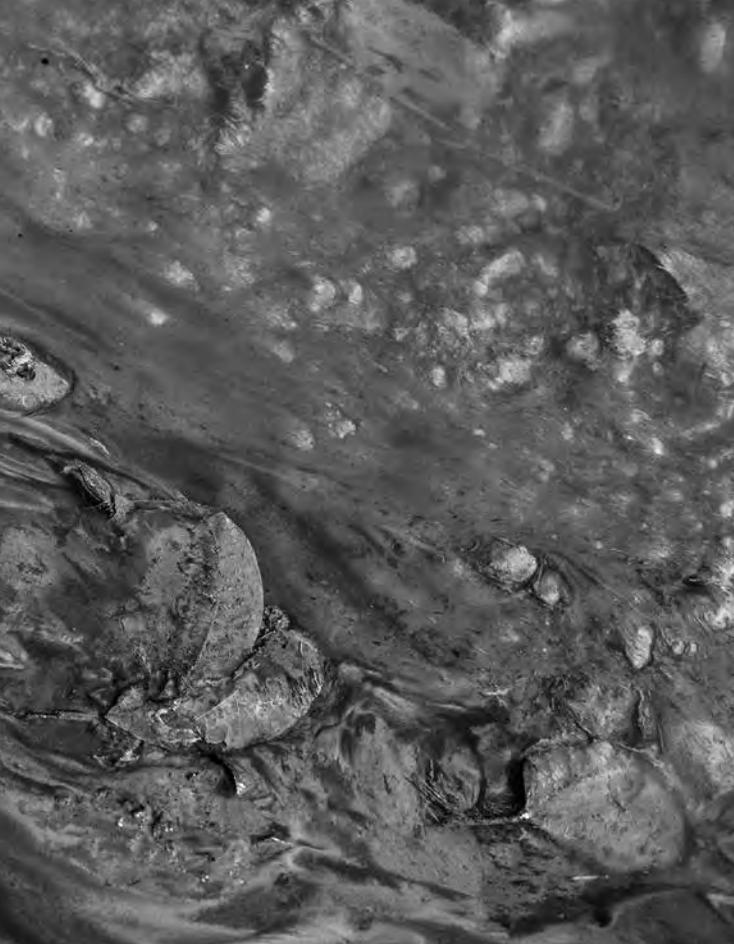
De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*,

de los saludos de cortesía, yo me preguntaba si él sentía, como yo, que esa disciplina espiritual nos diferenciaba de los demás, que se entretenían con pulque y fuegos artificiales. El fin de la madrugada era también la hora del regreso de las prostitutas. El alma de esas mujeres debía tener un olor inmundo; a lo que huelen las camas en las que trabajan. Oía sus tacones. Caminan alegres, casi siempre de dos en dos, y se toman de la mano. Una mañana, mientras barría las hojas de la entrada de mi casa, tuvieron el descaro de saludarme.

—¡Adiós, Carito!

Apreté los labios y me contuve de alzar la cabeza, atenta al sonido que hacían sus tacones al dar grandes zancadas; ni para caminar podían cerrar las piernas. Al verse sin respuesta estallaron en una risa desparpajada que les salía de todo el cuerpo.

—Déjala —alcancé a oír que una le decía a la otra—, ésa está casada con su padre y con Dios, y los dos están muertos.



fotografía digital, 2015

Sentí el cuerpo caliente, las sienes palpitando.

—¡Por lo menos yo sé cómo se llaman los dos únicos hombres en mi vida! ¿Tú puedes nombrar a todos los que ha habido en la tuya? ¿Puedes contarlos siquiera?

Me quedé sin aliento después de gritarle. No había planeado hacerlo y mi pecho subía y bajaba con furia.

—Niña, lo que tú necesitas es dejar de nombrar a Jesús y a don Vicente, que en paz descanse, y tener un hombre entre las piernas... Para que en vez de “amén” digas “¡más!”

Volvieron a reírse escandalosamente y sentí vergüenza, como si esa frase vulgar hubiera salido de mi boca. Indignada, azoté la puerta y fui directo al Cristo de barro. Con las manos temblando, me persigné mientras me hincaba.

Cuando Irene me pidió que la ayudara a organizar el bautizo de su hijo no pude negarme. Aunque ya no éramos tan cercanas, no nos habíamos distanciado por algún problema, sino porque ahora que ella estaba casada

**Gabriela Solís Casillas** (Ciudad de México, 1987). Estudió el diplomado en Escritura Creativa en la Escuela Mexicana de Escritores y la maestría en Letras Latinoamericanas en la UNAM. Ha sido becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la disciplina de Novela.

tenía menos tiempo para hacer visitas. Era común que, al salir de misa, la encontrara en la plaza, riendo y paseando del brazo de su marido. Cuando nuestras miradas se cruzaban, ella corría a saludarme, efusiva, y tiraba de la camisa a su esposo para que la acompañara. Él sonreía, un poco apenado, pero dispuesto a cumplir todos los deseos de Irene. Mientras ella me reclamaba cualquier cosa —no haber ido todavía a conocer su nueva casa, no haberle regresado una llamada—, a su esposo se le vaciaban los ojos mirándola. Yo trataba de imaginarme cómo sería su vida al lado de un hombre que la ama con devoción. Había algo que me incomodaba en toda esa felicidad.

—Nada me gustaría más que tenerte como madrina, Carito.

Me tomó por sorpresa: estaba en los laberintos de mi cabeza cuando sus palabras me devolvieron al presente. Reaccioné rápidamente y sonreí, aunque preocupada por la naturalidad de esa sonrisa.

—No se diga más —tomé su mano entre las mías—; desde hoy no te preocupes por un solo detalle de la fiesta. Cuídate estos últimos días de embarazo: descansa, come bien. Tu bebé tendrá el bautizo y el festejo que se merece.

Irene me miró con sus ojos llenos de vida. Apretó mi mano y una punzada de culpa me sorprendió al no poder sentirme enteramente complacida por la dicha de mi amiga.

Me esforcé como si se tratara del bautizo de mi propio hijo. Me aseguré de que los manteles estuvieran impecables, de que no faltaran flores en ninguna mesa y de que hubiera chocolates de recuerdo para todos. Irene



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2015

no dejaba de abrazarme y repetir lo afortunada que era por tener una amiga como yo. La fuente de elogios duró poco; cuando entró su esposo con el niño en brazos, ella se esfumó. Todo era besos y caricias entre los tres; padres e hijo formaban una fotografía que calentaba el corazón. Pero no el mío, aunque esa vez no sentí envidia o celos, sino una profunda tristeza al descubrirme preguntando secretamente si yo tendría algún día ese tipo de júbilo.

—¿Bailas?

Sobresaltada, me di cuenta de que era Martín. Su sonrisa dejaba ver una hilera de dientes blanquísimos que hacían juego con su traje de lino. Qué elegante estaba, qué fresco se veía. A pesar de la buena impresión, mis temores eran más grandes y di un paso hacia atrás.

—No, Martín, muchas gracias. No sé bailar.

—Perfecto, yo tampoco. Dos torpes juntos no lo parecen tanto.

Me extendió la mano y sonrió de nuevo. Mis ojos fueron de sus dientes a Irene y su esposo, que se besaban en ese momento, y al niño, cubierto por un ropón immaculado. Mi cuerpo se desentendió de mi cabeza y sus miedos y actuó con voluntad propia: mi mano se estiró para tomar la de Martín y me acerqué a él.

—Bueno, hagamos el ridículo un rato.

Hubo un segundo de turbación en su mirada, pero de inmediato se convirtió en una alegre seguridad y sus brazos rodearon mi cintura. Los míos, en una especie de reflejo, fueron a su cuello y una ola de calor me recorrió. Bailábamos tan cerca que alcancé a percibir el ligero olor a sidra que venía de su boca. Yo me movía sólo guiada por él y sentía como si estuviera en el mar y el ritmo

de las olas me llevara y trajera plácidamente. Él era dueño absoluto de ese momento y yo lo obedecía. Bailamos mucho tiempo en silencio, hasta que acercó su boca a mi oído y susurró:

—Siempre te veo por las mañanas, muy temprano, afuera de tu casa.

No supe contestarle nada. Me había hecho súbitamente consciente de mi cuerpo, del suyo, y de lo bien que se sentía esa proximidad. Siguió hablando, se acercó más, dejando apenas espacio para que el aire pasara entre nosotros.

—Tú también me miras, ¿verdad?

Tartamudeé algo parecido a un sí. Era imposible articular una sola sílaba mientras sintiera su pecho contra el mío; el calor de su cercanía me secaba las palabras. Él se rio y yo no tuve tiempo de reaccionar cuando calló su risa juntando su boca con la mía.

Después de ese primer beso, Martín me invitó a almorzar el domingo siguiente, saliendo de misa. Yo acepté, emocionada. Ese día, los nervios me despertaron más temprano que de costumbre y me bañé tiritando de frío. Me sorprendí poniéndome una flor en el cabello y mirando con insistencia mi imagen; de repente me interesaban los espejos. Al llegar a la iglesia, Martín ya estaba ahí, en la segunda fila de bancos frente al altar. Decidí no acercarme y me senté en un banco alejado, pero donde podía observarlo bien. La misa empezó y yo reparé poco en ella: me concentré en los gestos de Martín, en cómo su rostro reflejaba la sinceridad con que se entregaba a la misa. Él no era un feligrés más; oraba con devoción y se emocionaba con las palabras del sacerdote. Cuando fue hora de rezar el “Yo, Pecador”, se golpeó el pecho

como si quisiera sacarse el mal a puñaladas. Me pareció excesivo, sobre todo viniendo de alguien tan devoto como él, pero pensé en mi madre y decidí no juzgarlo: cada quien reza como puede. Al término de la misa, Martín me buscó con la mirada y sonrió al encontrarme. Hizo un gesto con la cabeza para que saliéramos y una vez fuera, me tomó de la mano y fuimos a comer algo al mercado. Terminamos de almorzar y nos encaminábamos al parque cuando intenté besar a Martín; sus labios habían ocupado mi mente durante toda la semana. Él se sobresaltó y me detuvo, alejándose con suavidad. Sentí la cara encendida de vergüenza y mi cuerpo se puso tieso como un tronco. Intenté soltar su mano, pero él apretó la mía con más fuerza. Me habló con ternura; calmó mi extrañeza explicando que no le gustaba darle de qué hablar a la gente chismosa, que era toda. Me enorgullecí de estar junto a un hombre serio y discreto. Esa rutina de misa y almuerzo se repitió cada domingo durante el año siguiente. El pueblo cuchicheaba acerca de la pureza de nuestro noviazgo y entendí que Martín tenía razón: toda la gente era chismosa. De mí, supe que decían cosas como que pobre de la santurróna que por fin había encontrado un hombre, pero uno que estaba a un paso del seminario. Otros, más audaces, dudaban de mi virginidad. Todos esos comentarios me tenían sin cuidado; sólo me enfurecí cuando llegué a escuchar habladurías acerca de la difunta madre de Martín: que había sido prostituta, que llevaba a su pequeño hijo a trabajar con ella y que no se apenaba nunca. Que era una mujer que había nacido para ese oficio: se regodeaba en él y lo ejercía con placer y esmero. Era increíble lo que la gente inventaba por pura envidia; lenguas

emponzoñadas porque nunca habían tenido un cariño como el nuestro.

Una tarde, Martín y yo estábamos sentados en su pórtico, leyendo la Biblia. Habíamos decidido casarnos hacía un par de días. Él leía en voz alta, con mi mano entrelazada en la suya, cuando empezó una lluvia que en cuestión de minutos se transformó en tormenta. Llovía con una furia tal que empezamos a bromear sobre haber invocado el diluvio por estar leyendo el Génesis. Yo lo llamé Noé en vez de Martín y me pidió, divertido, que no lo hiciera porque repoblar la Tierra no era una tarea que quisiera llevar a cabo. Cuando después de dos horas seguía lloviendo con la misma intensidad, empezamos a preocuparnos: no por algún deslave o por lo que pudiera afectar a la siembra, sino porque yo no podría regresar. Busqué los ojos de Martín y reconocí la angustia en ellos: iba a tener que pasar la noche en su casa.

Entramos y él se puso a hacer café, mientras intentaba ocultar su nerviosismo hablando de cualquier cosa. No pude evitar sentirme despreciada: ¿a qué le tenía tanto miedo, al pecado? Yo había cambiado mi forma de pensar a medida que nuestra relación avanzaba: seguía siendo profundamente religiosa, pero mi corazón había encontrado un amor terrenal que lo llenaba mucho más y el cual despertaba sensaciones en mi cuerpo que exigían ser satisfechas. ¿A Martín no le pasaría lo mismo? La idea de ser rechazada me provocaba demasiada vergüenza como para preguntarle o intentar algún acercamiento. Nos sentamos en el sillón a beber el café, en silencio. Cuando vaciamos las tazas, me acerqué para besarlo. No había nadie más que nosotros dos, no podría poner el pretexto de la discreción. No se alejó, pero apenas separaba los labios. Por más que intenté, no pude meter mi lengua en su boca ni rodearlo con mis brazos. Muy pronto, Martín se levantó agitado y dijo, a manera de despedida, que me llevaría a su cuarto para que yo durmiera en la cama y que él se quedaría en el sillón.

Me desperté dando un grito agudo y bañada en sudor. Había soñado, de nuevo, con los rezos frenéticos de mi madre. Esos episodios solían darme mucho miedo de niña: no entendía lo que pasaba, sólo sentía un profundo temor. Cuando chica, la religión ocupaba poco espacio en la vida familiar. Íbamos a misa de vez en cuando

y la única imagen sacra era un Cristo de barro negro en la recámara de mis padres. Todas las noches, antes de cenar, papá tomaba su guitarra y yo lo miraba con todo el asombro de mis seis años. Cantaba boleros para mi madre hasta que la cena estaba lista y nos sentábamos a la mesa. La casa había sido toda música y risas hasta que papá murió. No ver sus manos en las cuerdas de la guitarra, no oírlo cantar nunca más, fue un dolor como quedarse ciega y sorda. Las sensaciones se habían esfumado del mundo para siempre. Sentía mi corazón como la cáscara seca de una fruta, hueco y siempre a punto de quebrarse. Aunque me esfuerce por recordar lo que pasó en los días después de su muerte, no puedo. Aun cuando han pasado quince años, todo sigue envuelto en una bruma pesada y sólo tengo imágenes de señoras abrazándose y melodías funestas que salían del órgano de la iglesia. Mi madre, con el entendimiento deshecho, se volcó a la religión. Rezaba con furia, siempre empapada en llanto y con las manos hechas puños. Gritaba consignas contra Cristo y los santos, para después arrepentirse, rezar otra vez y limpiar su culpa. Así se le iba todo el día. Se olvidaba de que tenía una niña y de que esa niña debía comer. Yo, para no sentirme tan sola y para que se me olvidara el hambre, me hincaba con ella y rezaba a mi manera, mucho menos violenta. Parecía que compartíamos el mismo dolor; no éramos hija y madre lamentando la pérdida del padre, sino dos viudas llorando al irremplazable esposo. La casa se empezó a llenar de imágenes de santos, de veladoras, y nuestra vida giraba, se desvanecía, en medio de todo aquello. Cuando mi madre murió, yo acababa de cumplir dieciocho años. No lloré; me había gastado todas las lágrimas en mi padre. Doné a la iglesia y a quien lo quisiera todas las figuras de santos, los rosarios, las Biblias. Todo menos el Cristo de barro negro, que adorné con una foto de mi padre.

—¿Qué pasa, estás bien?

Martín había entrado corriendo al cuarto. Seguramente mi grito lo había despertado. Yo estaba sentada en la cama, sofocada, y él se sentó a mi lado, tomando mi cabeza entre sus manos y acercándose a su pecho. Lloré; le conté mi sueño y los recuerdos horribles que tenía de la forma en que mi madre rezaba. Él acarició mi cabello



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2015

y me escuchó en silencio. Cuando terminé mi confesión, vino la suya, con una violencia en la voz que iba creciendo a medida que hablaba:

—¿Eso es lo que te espanta, Carito? Eres una santa, te asustas por un poquito de emociones exageradas... Tú no sabes lo que es el horror. ¿Te aterraba que tu madre rezara a gritos? Imagínate lo que es para un niño oír los gritos de placer de su madre puta. Así fue mi niñez, lejos de la fe y del silencio. ¿Tú te quejas por haber visto las oraciones frenéticas de tu madre? Al menos ella le dedicaba su pasión a los santos, no a hombres sudorosos que gruñían mientras la penetraban mil veces.

Me di cuenta de que contenía la respiración. Estaba asustada; nunca había oído a Martín hablar así. Hubo un momento de pesado silencio y de repente él se abalanzó sobre mí, metiendo su lengua en mi boca y tocándome

con desesperación por encima de la ropa. Yo permanecí estática durante los aterradores segundos que duró este violento acercamiento. Después, Martín se puso de pie y dio un paso hacia atrás, limpiándose la boca con el dorso de la mano y mirándome con odio mientras salía del cuarto.

Nuestra boda fue sumamente discreta. Asistieron unas diez personas, casi todos familiares de Martín. Recuerdo haber entrado apresuradamente a la iglesia. Me sudaban las manos y respiraba muy rápido. No podía quitarle la vista de encima a la boca de mi futuro esposo: quería morderla ya, hacerla mía para siempre. ¿Por qué el padre tardaba tanto en empezar la misa? Por fin:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2015

El inicio de la misa fue desanudar mi pecho, poder respirar de nuevo. Aunque la incomodidad de hincarse dentro del vestido blanco era atroz, sabía de la recompensa que vendría por merecer todavía ese color. Escuché la misa con una felicidad que me rejuvenecía y me desesperaba. El hermano de Martín se levantó a hacer la última lectura. Yo oía con una sonrisa y asentía a medida que el texto avanzaba. “Dichoso el marido de una mujer buena; se doblarán los años de su vida” —vivirás tantos años, mi vida—. “Una mujer discreta es un regalo del Señor. Una mujer modesta es el mayor encanto; nada vale tanto como una mujer reservada” —seré todo eso para ti, no haré más que adorarte, Martín—. Luego, preguntas del sacerdote, afirmaciones mías y de Martín, aplausos y, por fin, la señal: “Lo que Dios acaba de unir que no lo separe el hombre.” Fue como si hubiera pronunciado un conjuro mágico. Dios ya había unido nuestras almas; debíamos completar esa unión con la de nuestros cuerpos. Me sentí alegre y muy excitada. Todo mi cuerpo estaba erizado, sentía la libertad colmándome. Miré a Martín y fue como si toda esa dicha se multiplicara. Otra vez lo vi fresco,

guapo; tenía los ojos fijos en el Cristo del altar y estaba muy serio. Le tomé la mano y se volvió. Quería que él escuchara sin que yo abriera la boca, que mis ojos hablaran y le dijeran de las bendiciones que se aproximaban. Sonrió, como entendiendo.

Me avergonzaban las ansias con las que esperaba la noche de bodas. Deseaba estar con Martín más que cualquier otra cosa. No habría culpas; ya éramos marido y mujer. Me quité el vestido y sólo me quedé con el ligero camisón corto. Sentada en la orilla de la cama lo miré quitarse la camisa y pude sentir cómo se endurecían mis pezones. Se agachó para besarme. Rodeé su cuello y lo atraje hacia mí. Quedamos acostados; mi cuerpo ávido del suyo. Él, torpe: sin encontrar el lugar para colocar sus manos, besándome con timidez. Yo lo guiaba con amorosa naturalidad. Mis piernas buscaban los huecos exactos para entretejerse con las suyas. Me aferraba a sus hombros y entonces él encima, entonces mis manos prendidas a su espalda, mi boca disolviéndose en su pecho. Quería que él estallara en mí. Me abrí como las aguas bajo su cuerpo; lo llamaba. Y nada. Él, desanimado, su

atención en otro lado. Su cuerpo como de trapo, dejándose conducir por mí, pero sin alegría. Su mirada vaga, llena de nostalgia. Fue tan desconcertante notar su malestar, que sobrevino el desierto; su apatía había apagado mi deseo. Fingí cansancio y me tendí a su lado. No dijo nada, suspiró aliviado y me dio la espalda. Dolida, confusa, estuve escuchando los grillos hasta quedarme dormida.

Esa escena se repitió muchas otras noches. Fueron contadas las veces que hicimos el amor; todas ellas tristes. Las demostraciones que yo intentaba para hacerle ver lo mucho que lo amaba lo ponían de pésimo humor. Me dolía ver el asco que aparecía en sus ojos cuando yo le confesaba que desde que estábamos juntos, ya no le rezaba al Cristo ni a mi papá. Le decía, emocionada, que ese altar estaba olvidado, enterrado en un río subterráneo profundísimo, y que él era ahora el único hombre que yo adoraba. Ninguna de esas confesiones lo conmovía, al contrario, pagaba mi pasión con miradas suspicaces y distancia. Martín decía que a veces, mientras estábamos juntos, aún podía ver alguna refulgencia de la muchacha pura que yo había sido antes de él y que por eso era tan insoportable tocarme. Lloraba y manoteaba al exclamar: “¡No puedo hacerte una puta, Carolina!” La furia se desataba en mí: golpes e insultos cargados de impotencia. Era inútil, mis palabras y puños rabiosos no hacían sino limpiar poco a poco su pena, así que aguantaba estoico cada arañazo y cada grito hasta que mi cuerpo se drenaba de fuerza. Aun así, se quedó conmigo. Podía estirar mi mano y tocar la suya, pero había algo como una bruma que no se iba nunca. Yo intenté que mi corazón tan desbordado nos abarcara a los dos. No sirvió de nada: hacía mucho que no podía verme a los ojos, mucho menos tocarme. El manojito de incendios e inundaciones que me volvía cuando pensaba en su cuerpo no era sino deseo desperdiciado. Una vez me sorprendió llorando a solas y me gritó, con una voz que tenía un dejo de alegría, que no me escondiera para llorar. Después salió azotando la puerta y riéndose. Regresó muy tarde, oliendo a alcohol y a sudor. Yo lo estaba esperando en la sala, muerta de miedo de que pudiera haberse ido para siempre, pero apenas llegó identifiqué esa mezcla grotesca de olores y la cara se me descompuso.

—Ni las miré: todas eran iguales porque no eran tú —dijo, mientras se tambaleaba hacia el cuarto. El corazón se me secó.

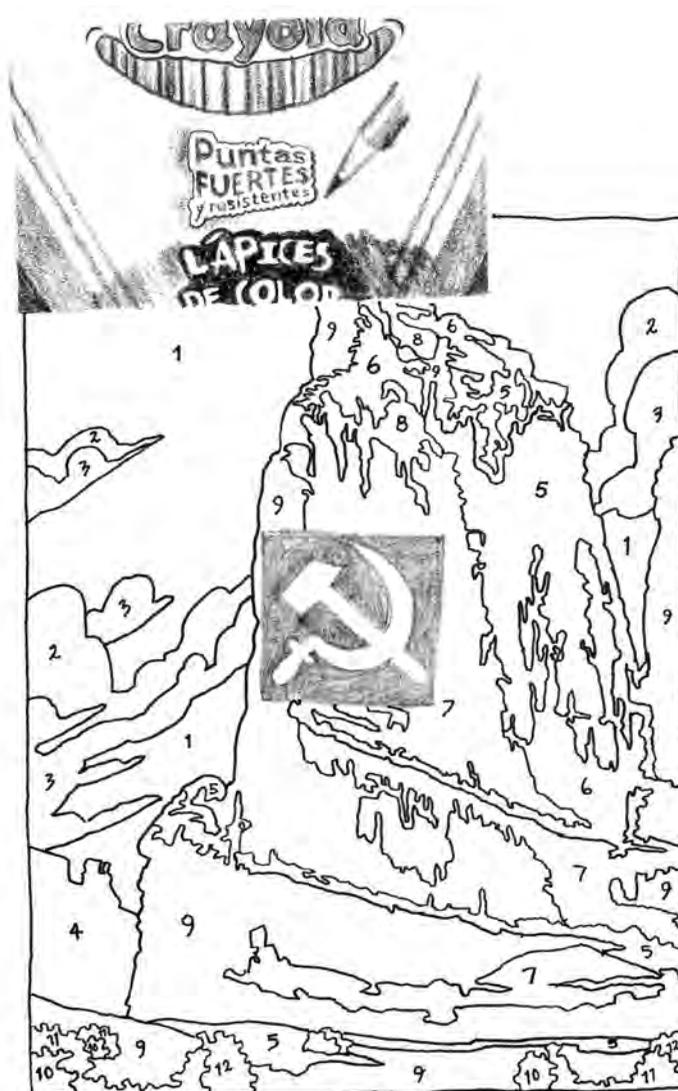
Esa noche volví a poner la foto de mi padre en el Cristo. Me persigné y empecé a rezar como siempre: entre dientes, murmurando. Pero algo hervía dentro de mí, algo que aumentaba de volumen mis palabras y de intensidad mis súplicas. Ya no pedía; exigía. No adoraba; maldecía. Recé con toda la violencia y el rencor de mi alma. Mis manos hechas puños se agitaban, daban golpes. Yo gritaba y dejé de pronunciar los rezos usuales; nada de lo que conocía iba a aliviarme. Tuve que inventar oraciones, palabras, dioses. Martín estaba tan borracho que apenas emitió un gruñido cuando yo, desgarrada, terminé de rezar y cimbé la casa con un grito: Amén.

Vinieron lluvias más fuertes, se rompieron muchas cosas, además de macetas. Hace meses que no me entero de nada. Si llueve, si hay misa o fiesta, si alguien murió: nada importa. Martín sale cada noche. Se va de putas, estoy segura. No siempre regresa oliendo a alcohol, pero sí a sudor, con el cabello revuelto y la camisa desarreglada. Le da igual que me dé perfecta cuenta de todo. Se acuesta y no procura darme la espalda, aunque yo pueda oler el sexo de otras mujeres en su boca. No es el mismo olor cada vez; unas noches es más ácido, otras es suave y perfumado. Me dan ganas de besarlo para descubrir a qué saben esas mujeres a las cuales Martín sí quiere tocar, a las que les entrega su boca cada noche. Yo he vuelto al Cristo de barro negro, a la foto de mi padre. En cuanto Martín cierra la puerta para irse a trabajar, me hincó frente al altar y rezo todo el día. Ya no soy sino una sombra entre sombras. He olvidado lo que es el hambre y ya no sé medir los días: alguien tendrá que enseñarme de nuevo el nombre y el orden de los meses y de todas las cosas que pierden su importancia cuando se deja de contar el tiempo. Mañana y tarde transcurren sin que yo me dé cuenta; hasta que se hace de noche y la mezcla de olores anuncia a Martín. Entonces me paro, con las rodillas llagadas, y me acuesto para no dormir. 

# Coloración degenerativa

Santiago Amaya O'Farrill

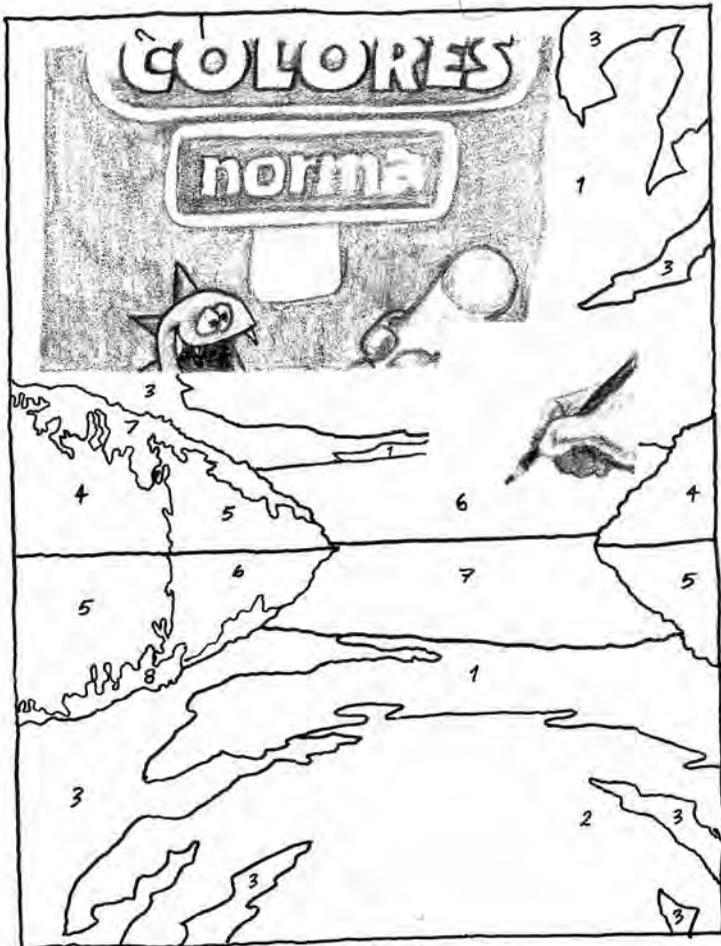
ESCUELA NACIONAL DE PINTURA, ESCULTURA Y GRABADO LA ESMERALDA-INBA



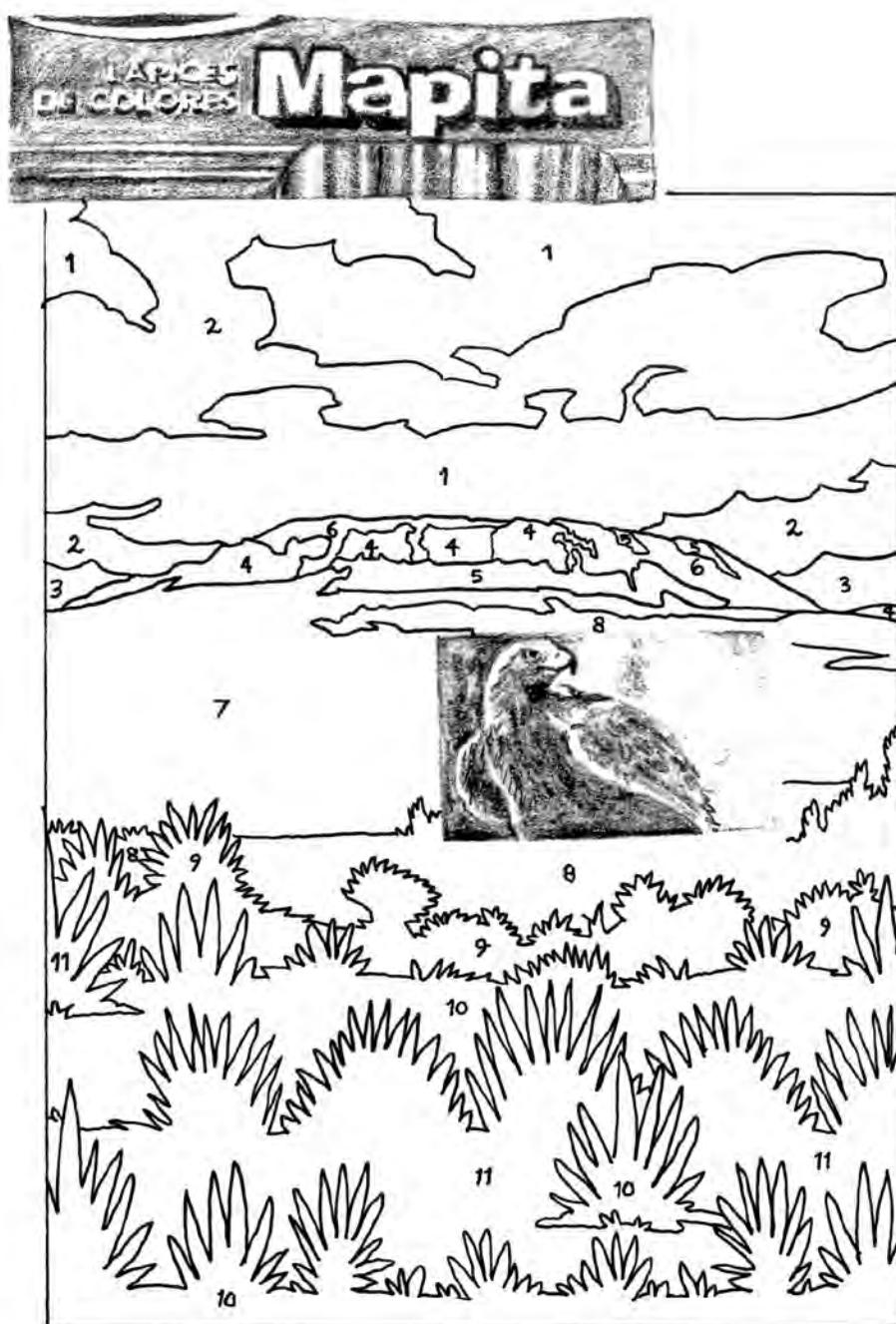
Rojo: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12

Todas las imágenes de la serie: dibujo y gráfica digital/papel, 21.5 x 14 cm, 2017

**Santiago Amaya O’Farrill** (Ciudad de México, 1996). Estudia en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado La Esmeralda desde 2015. Resultó finalista en el concurso Rodin-Royal Talens 2016, y su obra fue exhibida en la exposición colectiva de finalistas en el Museo Soumaya.



- 1 /
- 2 /
- 3 /
- 4 /
- 5 /
- 6 /
- 7 /



Verde 1 y 2

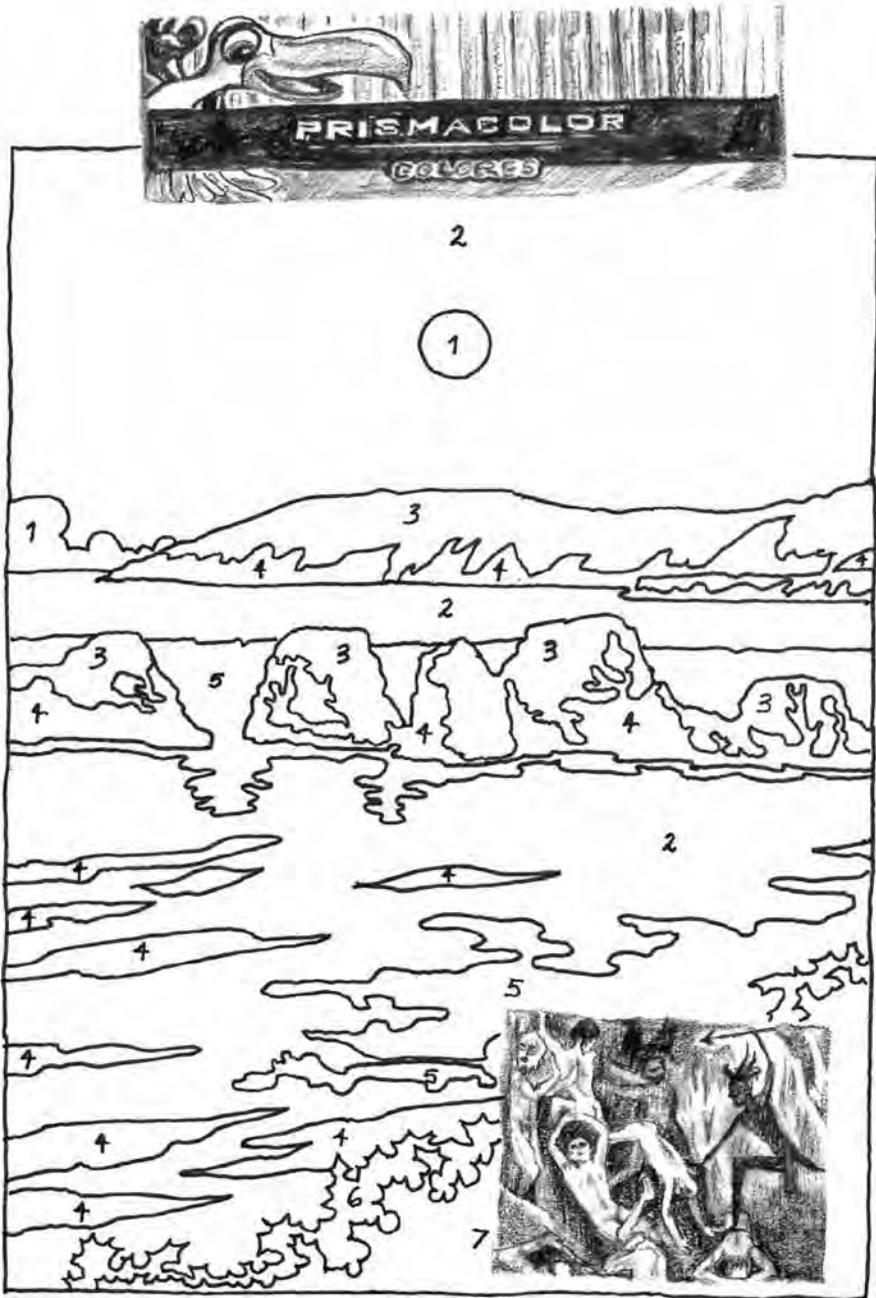
Blanco 3, 4, 5, 6, 7 y 8

Rojo 9, 10 y 11

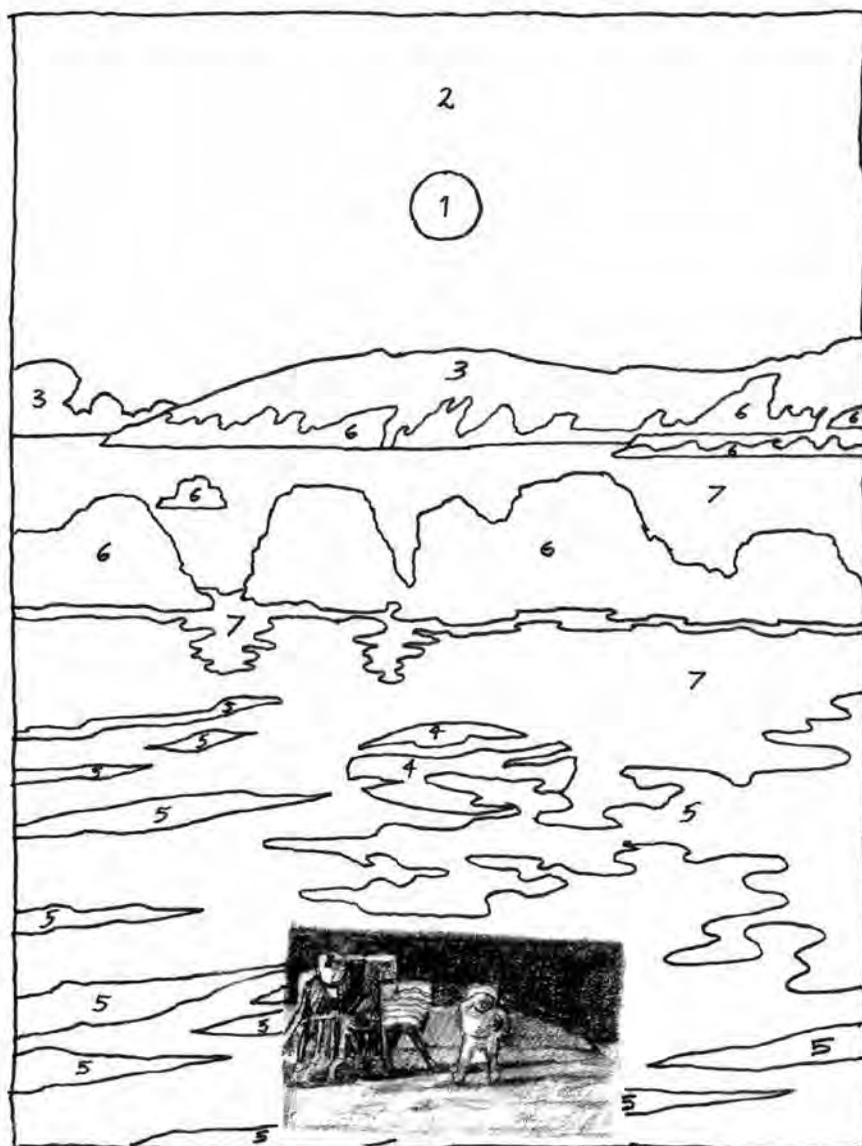
Amarillo /

Verde /

Azul /



- |                   |                          |
|-------------------|--------------------------|
| Verde malaquita 1 | Borgoña 5                |
| Rojo carmín 2     | Amarillo indio 6         |
| Gris plomo 3      | Chartreuse tradicional 7 |
| Negro bujía 4     |                          |



Azul pálido (1)  
Negro (2-7)

# El autómata jugador de ajedrez

Ricardo Medel Esquivel

CICATA-LEGARIA-IPN

*Como es sabido, se dice que existía un autómata construido en forma tal que era capaz de responder a cada movimiento de un jugador de ajedrez con otro movimiento que le aseguraba el triunfo en la partida...*

Walter Benjamin  
*Sobre el concepto de la historia*

Se dice que hacia 1820 el joven Charles Babbage, que llegaría a ser un notable pionero de la computación moderna, se enfrentó en una partida de ajedrez a un brillante, famoso y singular jugador: el autómata mecánico de Johann Maelzel. Ignoramos quién resultó ganador y la opinión que el matemático inglés se formó acerca de su contrincante.

Aunque tal vez la anécdota sea pura ficción los entusiastas creen que ese encuentro del matemático con el autómata fue una iluminación. Babbage, dicen, vio en el autómata la prueba de que era posible otro artefacto: una máquina capaz de realizar cálculos perfectos sin intervención humana.

En la década siguiente a la supuesta partida de ajedrez Babbage concibió su “máquina analítica”, antecedente mecánico de las computadoras actuales.

\*\*\*

El jugador de ajedrez del inventor y músico Johann Maelzel estaba diseñado para impresionar. Tenía el aspecto de un maniquí sentado, con las piernas cruzadas, detrás de una mesa-gabinete en la que apoyaba los codos y sobre la cual se extendía un tablero de ajedrez. El maniquí, de rostro grave y con barba, usaba fez y llevaba una larga pipa en la mano izquierda. Era conocido como El Turco.

Al frente el gabinete tenía una hilera de tres puertas y bajo ésta, un par de cajones. Maelzel, hábil presentador, comenzaba las exhibiciones abriendo las puertas y los cajones y haciendo girar todo el artefacto, que estaba acondicionado para desplazarse con soltura. De ese modo el público podía apreciar que el gabinete albergaba en



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2015

su interior un apretado ensamble de muelles, engranes, varillas y trenes de rodaje: la compleja maquinaria responsable de la asombrosa destreza de El Turco.

Tras cerrar las puertas el presentador daba cuerda al autómeta y éste quedaba listo para comenzar a jugar.

\*\*\*

En realidad Johann Maelzel no inventó este autómeta. El Turco fue creado por el barón Wolfgang von Kempelen en 1769. Consejero de la corte de Viena, Von Kempelen construyó el jugador de ajedrez para la diversión y asombro de la emperatriz de Austria. Luego de su éxito, el barón realizó algunas giras de exhibición en la Europa continental. Tras su muerte el autómeta fue adquirido por Maelzel, hombre de gran olfato para el espectáculo, quien lo llevó hasta Inglaterra y Estados Unidos, hacia 1827. Cuando Maelzel murió, en viaje desde Cuba, El Turco pasó a manos de otros dueños y terminó sus días en un museo de Filadelfia, donde fue destruido por el fuego de un incendio en 1854.

**Ricardo Medel Esquivel** (Ciudad de México, 1981). Egresado de la Escuela Superior de Física y Matemáticas del IPN. Maestro en Tecnología Avanzada por el CICATA-Legaria. Becario del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la categoría de Ensayo.

\*\*\*

Babbage había considerado ya en 1812 la posibilidad de crear un mecanismo basado en la máquina calculadora de Pascal para facilitar la tarea de las personas que compilaban laboriosas tablas matemáticas. Suponer que Babbage dio por auténtico al jugador de ajedrez de Maelzel implica cuestiones que ahora no pueden (ni podían entonces) pasar desapercibidas para un matemático. ¿Cómo convertía el autómata la disposición de piezas en el tablero al lenguaje de los muelles y los engranes? El autómata era un jugador extraordinario que derrotaba casi a todos sus contrincantes; ¿en razón de qué admirable mecanismo podía una máquina *saber* las reglas del juego y *decidir* el movimiento adecuado para cada jugada?

Siglos antes de El Turco ya se construían autómatas, artefactos que se movían, tocaban instrumentos musicales o escribían. En el mecanismo de todos ellos subyace de manera evidente el movimiento, que es un atributo universal. Pero *saber* y *decidir* son cualidades superiores del intelecto humano, ¿cómo podían éstas ser emuladas por un artefacto?

Babbage debió de entrever que si alguien hubiese resuelto las complicaciones teóricas y técnicas implicadas en estas cuestiones no se habría conformado con exhibir su invento como un mero espectáculo de circo.

\*\*\*

El mecanismo de El Turco se mantuvo en secreto. El misterio naturalmente le favoreció. Algunos sospechaban un fraude y trataron de explicarlo; publicaron ensayos sobre el tema en folletos y revistas, imaginaban a un hombre oculto en el gabinete. Un enano. Un niño. Un veterano de guerra sin piernas. Genios del ajedrez todos ellos, por supuesto.

El ensayo más notable lo presentó el inventor del cuento policiaco. Edgar Allan Poe escribió “El jugador de ajedrez de Maelzel” en 1835. Un artículo brillante, sistemático, muestra de la madurez de sus puntos de vista sobre el método analítico, que pondría en juego en algunos de sus cuentos más memorables.

Poe hace un recuento de autómatas famosos que culmina con la máquina de

Babbage (capaz de calcular tablas astronómicas e imprimirlas sin intervención humana) como el más notable entre todos ellos. Pero señala que si El Turco es “tan sólo una máquina que cumple sus operaciones sin ninguna intervención inmediata”, entonces la de Babbage es una invención bastante menor. Porque las operaciones matemáticas se basan en algoritmos, instrucciones sistematizadas que indican las acciones a seguir para realizar una operación a partir de ciertos datos iniciales. El primer paso de la operación depende sólo de esos datos; el segundo paso, a su vez, depende del primero; el tercero, del segundo. Así sucesivamente, hasta llegar al resultado final. Esta concatenación de acciones no puede ser alterada sin modificar la operación en sí, está determinada por los datos iniciales. Pero en una partida de ajedrez, a cierta acción no le sucede necesariamente otra en particular, sino que hay una gama de posibles acciones a seguir. Por ello, dice Poe, es posible imaginar que una máquina de madera y metal pueda efectuar un cálculo, pero no que pueda jugar al ajedrez. Así, “deberemos admitir [que el autómatas de Von Kempelen], fuera de duda, es la invención más maravillosa de la humanidad”. Esta rigurosa conclusión contrasta con las frías declaraciones de Von Kempelen, que consideraba a El Turco un artefacto ingenioso, pero de mecanismo muy sencillo.

El autor de “El Cuervo” analiza el modo en que El Turco es exhibido durante sus presentaciones y enlista diecisiete observaciones con base en las cuales concluye que tras el mecanismo de este autómatas hay una mente humana. Entre ellas está que las jugadas de El Turco requieren un tiempo variable, según sea la dificultad; que no gana todas las partidas; que la cabeza y los ojos de El Turco se mueven hacia el público cuando la jugada es sencilla pero no cuando es compleja; que la apariencia de El Turco es una mediocre imitación de vida, siendo que Von Kempelen construyó otros autómatas de verosimilitud admirable; que el autómatas juega con la mano izquierda. Las primeras observaciones sobre el comportamiento del autómatas revelan características del humano. Las últimas, sobre su apariencia y comportamiento, revelan la intención de alejarse de lo humano (la mayoría de los jugadores humanos son diestros, no zurdos).

\*\*\*

Para explicarlo muchos trataron de reconstruir el mecanismo de El Turco, así fuese mentalmente. Poe no procedió de este modo.

En cibernética el término *caja negra* designa un sistema sobre cuya construcción interna o mecanismo de funcionamiento nada sabemos. Designa también el método para estudiar tales sistemas. Éste consiste en estudiar la relación entre el observador y el sistema, en analizar cuidadosamente la información, las recíprocas relaciones entre lo que “entra” y lo que “sale” del sistema. De ese modo se procede a comprender el comportamiento, dejando de lado la constitución interna del sistema. El niño que usa un teléfono celular por primera vez procede según este método. Edgar Allan Poe resolvió el problema del jugador de ajedrez de Maelzel tratándolo como una *caja negra*.

\*\*\*

La primera máquina de ajedrez auténtica fue construida hacia 1890 por el español Leonardo Torres Quevedo. Era un autómata electromecánico que jugaba con sólo tres piezas en el tablero. Daba jaque a un rey adversario con su torre y rey propios en sesenta y tres jugadas.

Entre las observaciones que Poe presenta en su análisis, la más interesante desde un punto de vista matemático es la tercera: la máquina no gana invariablemente la partida. “Descubierto el *principio* por el cual la máquina *puede* jugar una partida de ajedrez —dice Poe—, una extensión del mismo principio debería permitirle *ganar* una partida, y una extensión ulterior capacitarla para *ganar todas* las partidas.”

Entre la máquina de Torres Quevedo y el ordenador que derrotó por primera vez a un genio del ajedrez —Kasparov vencido por Deep Blue, de IBM— media un siglo. La construcción de la infalible máquina de ajedrez de Poe no ha sido una tarea sencilla. Tampoco ha sido muy importante.

De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2016



\*\*\*

En 1849 Poe publicó “Von Kempelen y su descubrimiento”, un cuento que nada tiene que ver con el autómeta jugador de ajedrez, aunque sí hay una mención de él y de Maelzel por la vía de un editor apócrifo (la narración simula una noticia científica). El escritor debió dedicar buen tiempo a pulir su demostración de que el jugador de ajedrez de Maelzel era falso; la impresión del tema le fue perdurable. ¿Cuánto le habrá influido en la construcción de sus cuentos analíticos?

\*\*\*

La historia de El Turco es buen tema para una novela. Robert Löhr escribió una primera versión de esta historia: *La máquina de ajedrez*, un éxito de ventas en el año 2005. Löhr ofrece una versión ficticia y más o menos coherente de la historia del autómeta jugador de ajedrez. Describe con cierto detalle un verosímil mecanismo de funcionamiento, las herramientas y los actos del presentador para llevar a buen término el engaño de los espectadores.

Löhr se basó en libros recientes sobre El Turco y en las reproducciones que existen en varios museos alrededor del mundo, obra de ilusionistas admiradores del trabajo de Von Kempelen. En su novela, un enano genio del ajedrez es el cerebro del autómeta.

\*\*\*

Löhr plantea en varias ocasiones una cuestión que se ha repetido mucho durante los últimos cien años: ¿puede pensar una máquina?

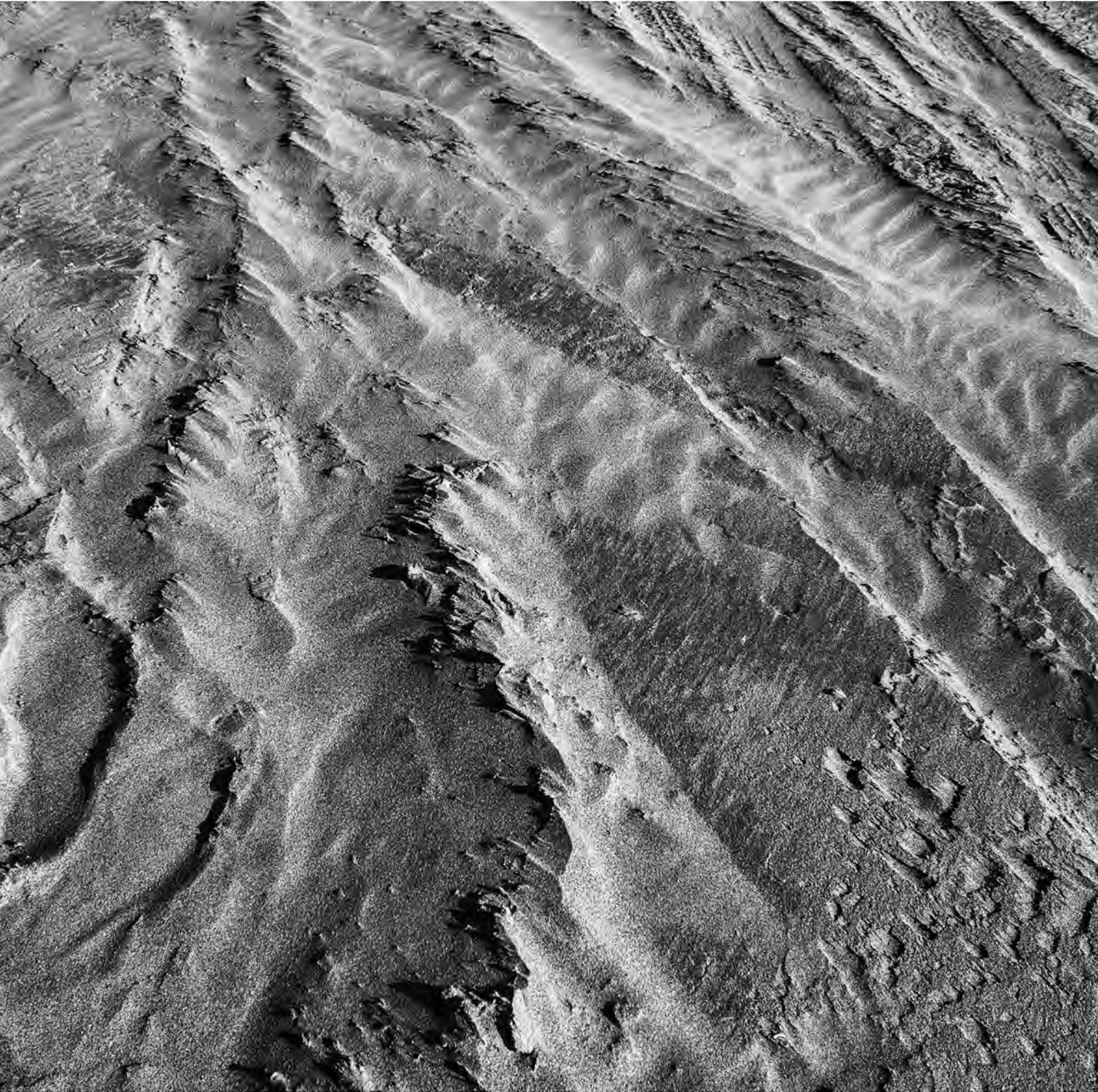
Curioso: Poe se cuidó de no plantear esa pregunta. Para los personajes de Löhr, un autómeta que juega perfectamente al ajedrez es una máquina que piensa. Para Poe la existencia de una máquina infalible de ajedrez era posible, pero no la de una capaz de pensar.

\*\*\*

El cuento de Guillermo Cabrera Infante “Muerte de un autómeta” es un homenaje al genio analítico de Poe, que descifró el misterio del jugador de ajedrez de Maelzel. En su agonía, el cómplice del inventor y cerebro del autómeta (que parecía no hacer otra cosa que acompañar a todos lados a Maelzel y ayudarlo a empacar y desempacar) recuerda sus aventuras y el artículo que significó su ruina, pues el autor lo puso bajo sospecha. Con sus acostumbrados juegos de palabras, Cabrera Infante concluye: “*Check mate*. Curioso empleo del jaque que también quiere decir *inspeccionen al compinche*”. ♣

pp. 66-67: De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2015 (detalle)





# Gansito Marinela

Ricardo Macías Cardoso

FACULTAD DE ECONOMÍA (SUAYED)-UNAM

*No se ofrecen pastelillos a los héroes.*

Peter Sloterdijk

**E**l gansito marinela es nuestra forma más dulce del fracaso: fracaso del seguimiento de la dieta, fracaso de la emancipación obrera, fracaso de nuestras ambiciones de virtud. Cuando anhelamos un gansito pensamos en la aceleración: tanta azúcar debe sobreexcitar al metabolismo. Cuando anhelamos un gansito pensamos en el *quam* de nuestro placer, en las miles y miles de vidas enajenadas que trabajan segando el trigo y limpiando aceite en líneas de producción para abastecer nuestra gula. Peor aún, cuando anhelamos un gansito encarnamos en Marco Aurelio o Musonio Rufo: en verdad es asombroso cómo moderamos nuestros deseos y nos contentamos con tan poco.

Algunas ideas acerca de la cosa:

1. Mantengo suficientes cajas de gansitos siempre en casa: me da pereza cocinar y la cosa me alimenta, o me da la ficción de ello.
2. Comiendo gansitos en mi recámara nada ocurre. No hay movimiento, nada hace daño, todo permanece simplemente. Pasan minutos, horas, a veces días enteros en un tiempo petrificado.
3. Según un estudio publicado en la revista *Food and Chemical Toxicology*, ratas de laboratorio alimentadas toda su vida exclusivamente con gansitos sufrieron todo tipo de tumores (especialmente de vejiga, médula espinal y páncreas) y daños múltiples en la mayoría de sus órganos. Ingerían lo que en un ser hu-

mano correspondería a cientos de gansitos por día. ¡Cientos!

4. Los gansitos saben aún mejor cuando los como recién salidos de la fábrica. Detesto la larga excursión hasta los hornos de Marinela, pero es un peregrinaje que bien vale su esfuerzo.
5. Despierto agitado y sudando. La calma regresa tan pronto veo que los gansitos están sobre el televisor.
6. La vida no es nunca lo suficientemente dulce.

Quiero hablar de la extraña amalgama de excitación y vergüenza que me abruma cada vez que embarro crema chantilly sobre la chocolatosa piel del gansito. Quiero comprender por qué algo tan trivial como el gansito me ha revelado mi prodigiosa aptitud para edulcorar mis miserias, mi condición de desecho.

Quiero hablar de la emoción que me une con la dulce Pierrette, hermana de Brillat-Savarin, quien a los noventa y nueve años once meses cumplidos comiendo en su cama sintió que le llegó la hora. La zozobra no impidió que con gran tino se pusiera a gritar a los cuatro vientos su última voluntad: “¡Pronto, pronto, tráiganme mis pastelillos que me muerdo!”

Quiero hablar de las extrañas revelaciones de empatía que hacen que no me sienta como una mota de polvo flotando en el vacío del universo. Entro al Oxxo, veo a un extraño comer un gansito y pienso: *tenemos lo más importante en común, nuestras lenguas se arremolinan sin saberlo, compartimos el mismo filo hambriento.*

Todos estos retortijones persistentes se explican por el estrepitoso colapso de mi carrera musical. Tres veces fracasé en mi intento por ingresar como organista residente

**Ricardo Macías Cardoso** (Ciudad de México, 1983). Estudia la licenciatura en Economía en la Facultad de Economía a través del Sistema de Universidad Abierta y Educación a Distancia de la UNAM.

al Pontificio Instituto de Música Sacra en la Santa Sede. Aunque los miembros del jurado apreciaron de manera unánime mi “fraseo refinado, sutileza interpretativa y prodigiosa articulación de los pedales”, nunca comprendieron cómo en mis manos obras como la Fuga en Sol menor BWV 578 o el Preludio Coral BWV 721 no externaban “la grandiosa sensación de una ascensión en espiral hacia el cielo, sino un rastro de desamparo sobre las cosas, una sombra que pareciera querer repartir su llanto por todos los costados del mundo”. “En su música”, dijeron, “hay un *pathos* que le envuelve como un manto, una marea que no cesa de azotarlo contra los farallones”. “Reconocemos sus capacidades técnicas, pero no podemos recibir en esta casa a un espíritu malherido de fantasmas”, fueron sus palabras en la denegación definitiva.

Indefenso, vaciado de mi único futuro, fue el azar quien me puso frente a un sugerente aparador de Marinela, y fueron mi alma ingrávida junto con mi lengua ansiosa de dulzura las que hicieron el resto. Confieso que nunca he sido como esa clase de personas a quienes sólo las impulsan las grandes ambiciones y jamás claudican en la persecución de sus objetivos. No son una mirada más entre la multitud y no cualquier melodía les engolosina. Aun frente a las circunstancias más espinosas nada penetra sus corazas, y los vulgares dardos que azoran sin tregua al hombre común jamás les seducen con sus cantos de sirenas. En un alma de esta stirpe el vacío del que fui yo preso habría azuzado su fuego, renovado sus bríos, animado a perseverar con más ahínco. Pero no: soy un animal ávido de seguridades y paliativos inmediatos, aun si se trata de simples accidentes de nuestra arcilla. Necesito olvidar el desasosiego, engañar la

ansiedad, hacer más llevadero el amargo transcurrir de las horas. Nada de suicidios o desesperación interminable: me limito a comer este tipo de bizcochos.

Confieso que ignoraba la dulzura del gansito hasta aquel entonces, su pegajosa jalea y quebradizas migajas que hacen su morada en las fisuras entre nuestros dientes. No hace falta un espíritu aguzado para dejarse llevar por la transparencia de la cosa, su ridícula cosquilla sin secretos. Trato sin delicadeza a mis gansitos, los manoseo, me sirvo de ellos, los lamo y mordisqueo a mi antojo, crujen al ser aplastados entre mis muelas. Creo que me he hecho de cada gansito precisamente para esto: para no esperar nada. Para no ser interpelado. Para hollar en la tierra sin la nostalgia del cielo.

Puede que mi historia suene un tanto almidonada, pero en su germen se trata de un paisaje familiar a todos nosotros, un paisaje que nos encanta ridiculizar: sueños febriles que terminan encallando en cualquier baratija. Seamos francos: muchos intentamos cosechar los frutos del cielo, y casi todos hemos fracasado en el intento. Culpables de querernos realizar más allá de nuestras capacidades, reacios a llamar al fracaso por su nombre, e inaptos a unirnos a la legión inagotable del hombre común, fraguamos un sinfín de quimeras para edulcorar lo ínfimo de nuestro talento, lo pusilánime de nuestro arrojo y lo azucarado de nuestros versos. Suplantamos la complejidad conceptual por ficciones de emotiva simplicidad, y nos consuela recrearnos en el espejo de nuestras fantasías. La vida humana, como lo escribe con acierto Søren Kierkegaard, no suele ser más que “garantías de nobleza a falta de nobleza, minuciosidad en los sentimientos a falta de sentimientos”. Un ser prostético, un



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2015

garrapateado con falsas esperanzas, una gracejada para salir al paso.

Transcribo abajo la leyenda que aparece en la parte trasera de las envolturas del gansito:

Información Nutricional. Tamaño de porción: 1 pieza 50,00 g. Porciones por paquete 1, Cont. Energético 201 Cal, Equivale a 844 kJ, Grasas (Lípidos) 8,2 g, Grasa Saturada 5,6 g, Grasa Trans 0,0 g, Grasa Monoinsaturada 1,9 g, Grasa Poliinsat... etcétera.

Dejémonos de entremeses: ninguna guerra es tan empedernida, tan amarga y borbollante como la que realizan día a día los paladines del buen comer en contra del gansito y todo lo que huele a comida chatarra. Esfera nutritiva, culinaria y ontológicamente inferior, se

evoca sin tregua a la comida chatarra para marcar distancias, vapulearla, deplorar lo viciado de su grano. Desde que existe como *modus vivendi*, como auténtica disciplina existencial, el buen comer recluta a sus adeptos escribiendo de manera contagiosa sobre la hecatombe que cae sobre nuestro ser al ingerir comida chatarra. No es sólo un discurso con ambiciones científicas sobre los daños de la chatarra, sino que ante todo es una arenga que quiere mover a otros a evitar la ingesta de la cosa. Su tono es fastidiosamente predecible e insípido, brindándonos una copiosa lista de ingredientes que debemos desterrar cuanto antes de la faz de la Tierra: emulsificantes, estabilizantes, colorantes, espesadores, blanqueadores, edulcorantes, maduradores, separadores, humectantes, gelificantes, conservadores, texturizadores, clarificantes y acidulantes.

Bien lo dijo el maestro Alfonso Reyes en uno de los ensayos que conforman *Memorias de cocina y bodega*: “la dietética es manía general: todos dan avisos y recetas, recomiendan fórmulas, ejercicios respiratorios y, sobre todo, abstinencia y ascetismo”. Sus arengas me parecen una descorazonada doctrina enclaustrada en la aritmética de la consecuencia corporal. Miden un alimento como si su ingesta se tratase de un simple cálculo contable, donde la única dimensión que importa son los dividendos nutricionales que resulten de ello para nuestro cuerpo. Huelga decirlo: nuestras prácticas alimentarias conforman una armonía infinitamente más compleja que una simple sumatoria de proteínas, carbohidratos y lípidos. Comer es la expresión de un deseo bien o mal calibrado, el lisonjeo del gusto, agotar las urgencias de nuestra lengua en un cuerpo extraño. Indudablemente hay una pasión, un fuego, un magma emotivo que suscita el probar un alimento. Deseamos que, ante la sola presencia de un plato, instintivamente la guardia se venga abajo, las pupilas se dilaten, la lengua se humedezca. Si “comida chatarra” es la locución que los paladines del buen comer utilizan para condenar la hecatombe nutricional cuyo arquetipo es este bizcocho híbrido de azúcares, colesterol y grasas monoinsaturadas, mi respuesta es tajante: *vita brevis est*, prefiero satisfacer mi paladar que evadir una arteriosclerosis.

Trato de recordar cuándo y cómo comprendí por primera vez que la dulzura *a piacere* era algo de lo cual debemos huir, o por lo menos ser desconfiados y estar vigilantes. Creo que mis dubitaciones frente al gansito no son exclusivamente fruto de mis más hondos fantasmas, sino que están enraizadas en una fobia colectiva que proviene de nuestros mitos más antiguos. Ya en el libro del Apocalipsis (10, 10) se le anuncia al apóstol Juan: “Será tan dulce en tu boca como la miel”. Y categóricamente se le advierte: “Terminará por derruirte las entrañas.”

Quienes son defensores de la cocina como una sapiencia gustativa, como una arquitectónica sensorial muy cercana o incluso al nivel de la praxis artística, tachan al gansito de vacuidad imaginativa. A su juicio, ninguna comida chatarra jamás merecerá un lugar entre las preocupaciones gastronómicas reales. El trabajo de la

gastronomía no consiste en aliviar las punzadas del hambre ni en crear panecillos a raudales, sino en reconstituir las fibras del mundo en algo que no sea solamente delicioso al paladar, sino también conceptualmente loable. La sugestión de un significado más allá de la inmediatez material o la idealización de lo sensible en la forma están flagrantemente ausentes de los hornos de Marinela.

Si bien esta condena me parece menos monolítica, también encuentro anquilosada la forma como definen la capacidad de un plato de espolear la imaginación. Arguyen que el arte de la mesa está llamado a desaparecer, que el gansito, los chocorrolos y otras bagatelas no son producto alguno de un andamiaje conceptual. Más bien creo que nuestras formas de comer y nuestro apetito evolucionan, y cada época trae consigo nuevas exigencias. Sobre este globo inmisericorde a veces hay que valerse de lo que tenemos a la mano. Así como el escultor actual desdeña el pompo del mármol, construyendo su obra con cables de púas y tornillos, así el comilón contemporáneo ha preferido la fastuosidad del *vol-au-vent* y el *patum peperium*, decantándose por la lecitina y la leche reconstituida. Cada hombre sólo hace lo que puede con su tiempo.

Creo que el libro sobre dietética que más he saboreado es *El vientre de los filósofos*, de Michel Onfray. Lo que me engolosina de su lectura son las anécdotas que dan cuenta de notables desequilibrios culinarios. Un par de ejemplos: la repulsión de Sartre hacia los crustáceos, “carne blanca que no está hecha para nosotros, que hemos robado de otro universo”, o la obsesión de Diógenes el Cínico por evitar los alimentos cocidos, pues solamente “la carne cruda, el sabor provocativo de la sangre” permite “rechazar el mundo del artificio”. Al cotejar estas anécdotas con mis propias intimidades, no tengo duda de que lo que elegimos comer es el reflejo más flagrante de nosotros mismos. Frente a la debilidad de nuestros cimientos epistemológicos, lo contradictorio de nuestras relaciones amorosas y el tránsito pasajero y volátil de nuestra libido, el único rasero creíble de nuestra subjetividad lo constituyen nuestras prácticas alimentarias.

El ideario platónico de una república regida por una aristocracia intelectual se extiende también a la comida



De la serie *Estudio sobre la neurociencia del sueño*, fotografía digital, 2015

chatarra. Entre los legos es recurrente escuchar que el vulgo tiene una alimentación deleznable, y que debería existir un organismo rector (regido, sobra decirlo, por una autoproclamada élite del buen paladar) encargado de prohibir toda alimentación chatarra y dictar los menús de la alimentación popular. En nuestros días crecen exponencialmente este tipo de andamiajes, y al vapor se

promulgan leyes que atentan contra la comercialización de alimentos chatarra. El razonamiento moral para pretender prohibir o limitar la ingesta de comida chatarra consiste en que su consumo seduce tramposamente a nuestro paladar, nos vuelve incontrolablemente adictos, obnubila el juicio, y con ello arruina la salud e incluso la dignidad de muchos consumidores. Estas razones,



afirman, justifican que el Estado imponga ciertos límites a la autonomía de los ciudadanos precisamente para salvaguardar su propia integridad.

Más allá del desprecio que abiertamente muestran a quienes no nos fue dada la gracia de la *intelligentsia* para saber elegir lo que ingerimos, creo que lo más alarmante es la tiranía que subrepticamente impera en este

pensamiento. Asumen una posición paternalista respecto a quienes no pertenecen a su club, y nos consideran algo así como monos, incapaces de ser auténticamente libres a causa del humo de la publicidad y los adictivos azúcares que pululan en los gansitos y otros entes que desprecian. ¿No es el control de nuestros propios cuerpos el acto más insigne de la subjetividad? ¿No es lo que ingerimos algo que incumbe a cada uno de nosotros, y a ningún otro? Vulneran nuestra autonomía y el hecho de vivir nuestras vidas del modo que mejor nos parezca: sea en viandas, azúcares o grasas.

Mientras escribo estas líneas estoy acostado en mi cama con la *laptop* sobre mi estómago, y no he parado de atiborrarme de sucesivos gansitos. He perdido la cuenta, hay migajas por doquier sobre el teclado, y la jalea empantanada ocasiona que el *mouse* no responda ya a mis impulsos. Nada puedo hacer, cuando surgen tantas palabras, tantas grietas, tantas fisuras en una idea siempre tengo la necesidad de huir para refugiarme en lo más dulce. Me pregunto cómo interpretarán dentro de mil años las reliquias de mi existencia. ¿Qué crónica-retrato de mí mismo constituirá mi cesto de basura repleto de envolturas de gansitos? ¿Pensarán que no hubo en mi corazón anhelo alguno de transformar el mundo? ¿Me condenarán por estar tan falto de orgullo al punto de dejar estas huellas de mí mismo?

Peter Sloterdijk, con gran acierto, dijo que no se ofrecen pastelillos a los héroes. Pero es aún más cierto que muy pocos, poquísimos, son los hombres dignos de ser llamados héroes, y que la mayoría no somos más que recortes en masa, gansitos salidos del horno: triviales, moldeables al antojo, digeribles sin dejar honda huella. **P**

# Levitar a ras del suelo

Víctor Cabrera



Francisco Alatorre

*Ladakh*

Ediciones La Rana

Guanajuato, 2015

En una escena de la galardonada *American Beauty* (Sam Mendes, 1999) —que ya podríamos definir como clásica—, el joven, guapo e inadaptable Ricky Fitts invita a su vecina y novia Jane Burnham, una *cheerleader* igualmente inadaptable pero sin mucha gracia, a ver una grabación de “la cosa más bella que jamás he filmado”. Sentados frente a una pantalla de televisión en la recámara de él, Jane y Rick contemplan la danza de una bolsa de plástico que el viento mueve entre hojas secas ante un muro de ladrillos. Sólo eso: la dudosa o cuando menos cuestionable gracia de una bolsa de polietileno girando en el aire.

—Había cierta electricidad en el aire. Casi la puedes oír, ¿entiendes? Y esa bolsa estaba simplemente bailando conmigo. Como un niño rogándote que juegues con él. Ése fue el día en que me di cuenta que había *una vida entera detrás de las cosas...* [el énfasis es mío].

De manera análoga a la observación del joven Fitts, *Ladakh*, ópera prima de Francisco Alatorre, indaga en ese sentido oculto tras lo evidente, en esa “vida entera” detrás o dentro de los objetos, incluso en esa gracia dudosa de un pedazo de plástico que gira y flota en el aire antes de emprender un ilusorio viaje transoceánico. Una bolsa similar funciona como emblema del primer poema de este primer libro de Alatorre:

**Víctor Cabrera** (Arriaga, Chiapas, 1973). Es autor de un volumen de fábulas y prositas, dos *plaquettes* y tres o cuatro libros de poemas. Ha sido becario del programa Jóvenes Creadores y miembro del Sistema Nacional de Creadores del Fonca. Actualmente, es editor de la Dirección de Literatura de la UNAM.

Una bolsa de plástico ligera  
para guardar una fruta  
abrigar una botella de whisky  
llevar el pan a casa  
o asfixiar a un paquistaní  
en un cuarto oscuro

Martinj de Gruitjer las utiliza para dar estructura  
a un origami singular  
la bolsa se transforma en

botas impermeables  
 un televisor que no enciende  
 títeres arrugados  
 la bolsa en el museo  
 la calaverita luminosa en el museo

Volvamos un instante a aquel parlamento de *American Beauty* para terminar de percatarnos de las extrañas vías por las que el arte tiende puentes, correspondencias; regresemos un momento a ese día en que Ricky Fitts se dio cuenta de “que había una vida entera detrás de las cosas y una fuerza increíblemente benévola que quería decirme que no hay razón para tener miedo nunca... Ya sé que el video no captó todo eso, pero me ayuda a recordar. Necesito recordar”. De la misma forma, los poemas de Francisco Alatorre parecen renunciar a captar, al menos en una primera impresión, “todo eso”, el sentido oculto del mundo, la “vida entera detrás de las cosas”, a cambio de re-cordar, de volver a pasar por el corazón y la mente momentos, lugares, rostros, circunstancias, referentes cosmopolitas, exóticos o vagamente pintorescos que funcionan como anclajes de la memoria. Así, *Ladakh* podría definirse lo mismo como un álbum de recuerdos que como un libro de viajes por países remotos y ciudades de un orbe interior: parajes menos geográficos que mentales. Alatorre pondera así un conocimiento no tanto enciclopédico o libresco del mundo como una aprehensión “locativa” de la realidad y la necesidad de fijar en la memoria, así sea precariamente, instantes de cualquier modo pasajeros, condenados, como casi todo, a la extinción y el olvido. Igual que suele pasarnos a todos los que en algún momento intentamos pergeñar algunos versos, muchos de los poemas de este libro parten de intuiciones, de simulacros vagamente reflexivos que a veces parecen dar, por puro azar, en un blanco.

Resulta interesante observar *Ladakh* bajo la óptica del texto de la solapa firmado por el desconocido (para mí, que todo lo ignoro) Aleqs Garrigó, pues, en ese sentido, se trata de un libro plenamente contemporáneo en su aparente antilirismo y su fragmentariedad, en su

fraseo a veces cuasitelegráfico y otras incontinentemente, en su exotismo *hipster* y en sus métodos de composición poética, más cercanos al *zapping* televisivo y a la *zozobra online* que a estrategias poéticas más tradicionales, en sus excesivas listas de *souvenirs* al estilo de los “me acuerdo” de Joe Brainard y Georges Perec (más que de los farragosos, por desmedidos, de Margo Glantz). Son todos éstos, elementos que emparentan a Alatorre, nacido en los años ochenta del siglo pasado, con una estirpe de autores y obras menos preocupados por la pertinencia del binomio forma-fondo, por la corrección sintáctica y gramatical de sus enunciados o por su inteligibilidad que por el ansia de hacerse visibles —así sea mediante el desmontaje de aquellos otrora prestigiosos recursos poéticos— en un aquí y ahora movido, omnívoro y de todos modos transitorio. Así, una lista de primos no tan lejanos de Francisco Alatorre y *Ladakh* incluiría a Jorge Posada con *La belleza son los aeropuertos vacíos*, el estupendo *Datsun* de Sisi Rodríguez, a Ánuar Zúñiga y su *Sector 7G*, el coloquialismo *cool* del argentino Mariano Blatt o la *performance* caótica y corrosiva del colectivo poético conocido bajo las enigmáticas siglas de los KFGC.

*Ladakh*, nos aclara la falible Wikipedia, significa “tierra de los pasos elevados” en idioma tibetano. El título no carece de ironía, pues antes que una práctica de altos vuelos, Alatorre propone a sus lectores algo más modesto: una serie de divertidos ejercicios de levitación discreta.

Hace algunos años, al conceder cierto premio literario a *Cincel* (el título que este libro ostentaba en aquel certamen), los miembros del jurado ponderamos su espíritu lúdico y veladamente antiolemne, su desconfianza en los absolutos que el exceso lírico a veces hace pasar como verdades poéticas irrefutables, incluso su carácter transitorio de *work in progress*, de obra no necesaria ni excesivamente pulida (lo cual, en nuestros días, constituye un elemento estético *per se*), esa evidente apariencia de ópera prima, perfectible, sí, pero no menos iconoclasta de la concepción más pacata que a veces se tiene de la poesía. ♪

# El flujo de la conciencia de Mónica Maristain

Silvia Elisa Aguilar Funes



Mónica Maristain

*Antes. Paisaje sonoro con mujer mirando una ventana*

Literal Publishing / Universidad Autónoma de Nuevo León

México, 2016

En *Antes. Paisaje sonoro con una mujer mirando una ventana*, Mónica Maristain (Buenos Aires) cuenta su vida cotidiana a través del verso libre en el vaivén desordenado de los recuerdos que se agolpan al recuperar la conciencia. A un ritmo irregular, los aparentes absurdos de su presente son atravesados por memorias y sueños en los que la autora recrea días de supervivencia. La voz de la argentina, de hecho, emerge de la supervivencia.

Maristain es editora y periodista de la fuente cultural. En México ha cubierto la Feria Internacional del Libro de Guadalajara desde hace casi dos décadas. En diciembre de 2016 iba a presentar su propio libro, coeditado por Literal Publishing y la Universidad Autónoma de Nuevo León, pero evitó el traslado de la Ciudad de México a Guadalajara en esos días, aventura, debido a su estado de salud.

La técnica de *Antes* corresponde a la escritura automática. Cada poema tiene un tema específico en el que los planos del pasado, el inconsciente y el presente se mezclan y transgreden la linealidad que impone la escritura. En cada poema subyacen relatos, son estampas en la vida de Mónica Maristain, envuelta por ellos en un momento específico: la hora de renacer.

*Antes* abre con el poema homónimo en el que el uso de los signos de puntuación es anárquico, involucrando al lector en la construcción de varios sentidos para sus oraciones. La sensación de desorden frenético se manifiesta en ese uso, o desuso, de puntos y comas, de iniciales que describen el vértigo.

su voz como un murmullo de la tierra naranja los dientes desaparejos la sonrisa a cubierto de sus dedos largos y siempre lastimados

En su poesía, la vida es observada como algo que transcurre, que retrae el pasado sin interrupción. Se trata de la mirada de la periodista sobre una realidad personal. Es el discurso como un río del inconsciente que corre ajeno al cuerpo suspendido. La

publicación de *Antes* es la necesidad de expresar su vuelta a la conciencia, el haber escapado de la muerte, cuya hoz rozó la vida de la también autora de *El hijo de Mister Playa. Una semblanza de Roberto Bolaño* cuando sufrió un accidente cerebro vascular.

Afirmó en entrevista con Irma Gallo para Agencia 22 en diciembre de 2016: “Yo no soy nada si no soy el pasado.” El paisaje sonoro que rodea a Mónica Maristain son las voces de afectos que traspasan en un huracán en medio del que no puede actuar, pero que la constituye en el presente. La familia que se aproxima en forma de sueños, el amante que se aleja con el mar y con la patria abandonada, la niña que fue. De ahí la posición de la autora como la mujer que mira desde la ventana.

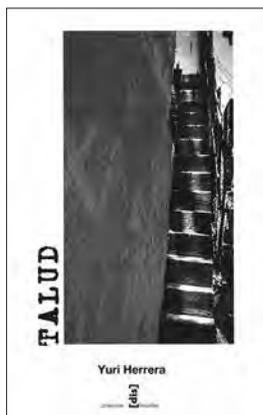
Y un beso en la cabeza  
 Como si yo fuera una niña  
 A la que hubieras mandado a buscar una luna

El poemario como biografía: gritos en el radio de una ciudad ajetreada, la de México; el sonido del mar y el amor que se va con él hasta ser un *souvenir*, como el Río de la Plata; la voz y la risa de un compañero perdido; los grillos del final del *soundtrack* que cierran la catarsis melancólica. Los sonidos de estos paisajes a su vez animan las imágenes de las pérdidas, de todo lo que para la autora se va alejando en el camino al mirar hacia atrás. 📍

**Silvia Elisa Aguilar Funes** (Ecatepec, Estado de México, 1984). Es comunicóloga por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y maestra en Comunicación y Política por la UAM-Xochimilco. Se ha desempeñado como asistente editorial y como profesora adjunta en el área de periodismo de la FCPYS-UNAM. Obtuvo una mención en la categoría de Crónica en el Concurso 38 de la revista *Punto de partida*.

# Qué extraño es ser: *Talud*, de Yuri Herrera

Alonso Núñez Utrilla



Yuri Herrera  
*Talud*  
 Literal Publishing  
 México, 2016

Aunque escritos entre 1987 y 2015, los doce cuentos de *Talud*, el nuevo libro del escritor hidalguense Yuri Herrera publicado en la colección (Dis)locados de Literal Publishing, se encuentran unidos por un tema en común: la identidad. Y es que, si bien los relatos de Herrera están poblados de sucesos extraños y fantásticos de por sí, la sensación de extrañeza en el lector es generada, antes que por cualquier otra cosa, por los problemas de identidad (y de ser identificados) de los personajes.

En “Aztlán, D.C.” el mundo se pone de cabeza para el presidente de Estados Unidos, por lo que se ve obligado a poner en tela de juicio la identidad nacional y preguntarse qué significa ser mexicano y estadounidense.

“El origen de las especies” es un cuento que exuda humor negro al ponernos en el lugar de un fugitivo anónimo al que se le otorga una nueva identidad como botarga para fiestas infantiles.

Por su parte, “Las llaves secretas del corazón” nos muestra a un hombre que se debate entre dos personalidades: Pedro, un simple obrero, y El Corazón, un campeón de lucha libre. A su vez, el protagonista de “Los andamios paralelos” descubre con horror la fragilidad de su yo actual al encontrar una ventana a un sinfín de mundos paralelos.

En “El lúser”, el narrador debe decidir si intervenir en una riña en la que puede haber mucho en juego a la vez que todos los personajes carecen de nombre y sólo se les refiere con epítetos, a diferencia de lo que sucede en “La fiesta del sábado”, donde el protagonista carga con el peso atávico de su apellido.

Si bien, en éstos y los otros seis cuentos cortos que conforman *Talud*, lo extraño puebla cada página (extraterrestres con cuerpo de sopa, héroes que vagan entre las letras de la enciclopedia en busca de su caballo), uno puede fácilmente hacer un pacto de credibilidad con el narrador y aceptar todo eso como posible y hasta normal. Pero lo que no deja de desconcertar e, incluso, incomodar es la constante incapacidad de definir a los personajes, y no porque la mayoría de éstos estén ocultos tras el velo del

anonimato, sino porque justamente la ausencia de nombre o rasgos físicos los deja demasiado expuestos; les es imposible resguardarse en la trinchera del “yo”. Mientras menos definido se encuentra un personaje, más fácil resulta, se quiera o no, verse reflejado en éste. El lector de *Talud* debe estar dispuesto a cuestionar su propia identidad y lo estará, ya que, al fin y al cabo, ¿quién puede resistirse a la terrible seducción de un espejo? ●

**Alonso Núñez Utrilla** (Ciudad de México, 1990). Es licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es corrector de estilo. Ha colaborado en las revistas *Penumbria*, *Punto en Línea*, *Marabunta*, *Punto de partida* y *Primera Página*. Publicó el libro de cuentos *Terapia de shock* (Ediciones y Punto, 2015).

